

Augusto Rodríguez

Confesiones asiáticas

(Antología de cuentos 2011-2021)



Universidad Politécnica Salesiana



La escritura del narrador ecuatoriano, Augusto Rodríguez es directa, incisiva, y entra en el drama de la vida cotidiana, familiar, rutinaria en la América Latina de hoy, con sabiduría, con entereza, con un destello interesante, humano, de compasión.

Jorge Edwards

Estos cuentos de Augusto Rodríguez deberían llevar un aviso de alerta: *Si abres este libro no podrás cerrarlo.* Hoy que los lectores de este mundo sobreimpreso leen sabiendo que dejarán pronto cualquier libro, estos cuentos son una lección límpida y feliz de retener al lector hasta el final, atrapado por el cuento empezado. Este libro, además, lo sabe, y avanza, como los clásicos, “raudo pero deleitoso”. No sin humor, prolonga las estrategias retóricas de alimentar las expectativas de la lectura. Rodríguez ejerce esa proeza con el lenguaje más inmediato y, a la vez, más suficiente. Y con esa complicidad afectiva nos hace parte del trayecto narrado, como si se decidiese en la lectura la suerte de sus héroes, tan cotidianos y transparentes como el lenguaje que los enciende de certidumbre y empatía.

Julio Ortega

ATARAXIA
GRUPO DE INVESTIGACIÓN

ISSN: 178-1176-10-847-5



ABYA
YALA | UPS



Augusto Rodríguez

Confesiones asiáticas

(Antología de cuentos 2011-2021)



2023

Confesiones asiáticas

(Antología de cuentos 2011-2021)

© Augusto Rodríguez

1ra. edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca, Ecuador
P.B.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE COMUNICACIÓN
Grupo de Investigación Ataraxia

ISBN UPS impreso: 978-9978-10-847-5
ISBN UPS digital: 978-9978-10-848-2
DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.24>

Tiraje: 300 ejemplares
Diseño
diagramación e impresión: Abya-Yala
Quito, Ecuador

Foto de portada: <https://shutr.bz/3OPGIRY>

Impreso en Quito-Ecuador, agosto de 2023

Publicación arbitrada por la Universidad Politécnica Salesiana

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad del autor.

Índice

Fast food.....	11
Confesiones asiáticas	37
Manual para pervertidos.....	51
La piscina.....	67
La llaga	99
La fiesta	121
El regreso de Drácula.....	143
El hombre blanco de mis pesadillas.....	147
Memorias de fútbol.....	167
Adrenalina y fuego	171
Sobre el autor	175

A mi madre

Escribo aquí porque no sé con quién habla

Hélène Berr

Fast food

Ahora, en el mundo, no hay más que alegría.

Rafael Courtoisie

Voy a matar a mi tía, la loca. La mataré porque asesinó a mi abuela. Se merece morir de la peor manera. A veces creo que merece que la cuelgue de los pulgares, que la meta a un baúl con alacranes, ahogarla en una piscina llena de cloro, asfixiarla con una almohada negra o acuchillarla setenta veces y cocinarla como un pavo en navidad. Hace calor en esta suite. El aire acondicionado no abastece. El sol derrite la ventana. El vidrio está roto. Tengo que respirar. Mis pulmones son dos pescados bajo una tormenta seca. No soy un gastador. Mido mi economía. No suelo gastar en casi nada. Casi nunca me compro zapatos nuevos. Me encanta la comida fast food. Trabajo en casa. Todo lo hago desde mi computadora. Veo películas todo el día. *Vivo emociones reales*. Veo páginas de internet todo el tiempo. Mi abuela me heredó unas suites que suelo arrendar, más algunos trabajos extras. No me quejo del dinero. Siempre sobra.

Me encanta beber Coca Cola. La verídica. Por eso soy panzón. Me gusta la Coca Cola normal, la que tiene más azúcar, la más burbujeante, la que destapa la felicidad. Ya saben la que inventó a Papá Noel y a los ositos polares. La que vende más que las botellas de agua. La culpable de miles de amputaciones de piernas por la diabetes. Debo exterminar este veneno. Nos mata a todos. Pronto pondré una bomba y la destruiré. El mundo me lo agradecerá. O le cambiaré de nombre, la llamaré Coke para despistar a los ilusos y en la confusión: la bomba explotará en las fábricas y desaparecerá todo. Mis hijos me lo agradecerán.

Me fastidia este vecino de mierda, jode todo el día. Lo mataré en cualquier momento, merece morir sobre todo porque le gusta ver telenovelas. El mundo necesita de verdaderos salvadores de esta podredumbre. Pronto lo exterminaré como la plaga que es. Por ahora tengo que terminar unos trabajos extras y pensar en la muerte de mi tía.

Sigo sintiendo mucho calor. Parece que el aire acondicionado de mi habitación se ha dañado. Por la gran puta. No sé cuándo podrá venir un maldito eléctrico para que arregle esta mierda. El calor me sumerge en su burbuja de fuego. Me gusta la comida chatarra. Esa comida rápida que se come fácil y que es dura de cagar. La mierda sabe a plástico puro. Una de las personas que más quise en este mundo fue mi abuela, por eso desde que

murió soy su vengador. Esa vieja de mierda, la puta madre que la parió, va a pagar las consecuencias, por haberla matado. Estoy pensando en un gran plan estratégico. Vive en el barrio de Urdesa, haré una *investigación de mercado* sobre ella, investigaré cuándo entra y sale, con quién se reúne a tomar té o café, podría empezar por ahí envenenando su comida o adulterando el azúcar de su café, por ejemplo. No dejaré huellas, la policía nunca me encontrará. Lo prometo.

Quiero a mis amigos pero a veces me aburren con sus exigencias. Me invitan a fiestas, matrimonios y reuniones que no me interesan. Los amigos de mis amigos son todos unos degenerados burócratas, unos millonarios que solo les interesa saber dónde se puede beber algo de whisky y comer sushi. Esa porquería de comida japonesa que es cruda y que es asquerosa.

Mi abuela me dejó unos arriendos, una suite para que viva, para que no me preocupe por el dinero. Como siempre estaba pensando en todo, me dejó un testamento para que mis tías no tengan dudas. Mi economía es clara y fácil: no tengo grandes gastos. Gasto sobre todo en internet, en llamadas de larga distancia, en tomarme una cerveza con los amigos (casi nunca), los pocos que tengo, cada día los amigos son más escasos. Lo que más me aburre de las reuniones de mis amigos es hablar de carros. Los carros son para andar

y no para hablar de ellos. No tolero esas putas conversaciones. Saber qué carro tiene cada uno, a quién mierda le importa. Hay un mundo de ofertas de carros que nos conducen a ir a lugares lejanos y no para estar hablando de ellos. Los amigos de mis amigos solo piensan en gastar, follar, dormir y cagar. Gente de mierda. Yo por mi parte vivo investigando cómo se producen las bombas. Cómo crear: bombas callejeras, bombas caseras, bombas para empresarios, bombas para el ejército, bombas para matar a presidentes, bombas para matar a seres extraterrestres.

El otro día me subí a un taxi amarillo. Fijé un precio aceptable. Cuando estaba cerca de llegar a mi destino, el taxista se detiene en media calle. Yo miro para mi derecha y veo a dos tipos con pinta de ladrones y yo le grito al taxista: arranca imbécil, que no van a robar.

El taxista de mierda no arrancó el auto y dejó que estos dos ladrones subieran al taxi. Yo alcancé a golpear con un puñete en la cara a uno de ellos, pero el otro me agarró por el cuello y me obligó a sentarme atrás. Me metieron las manos en los bolsillos del pantalón, comenzaron a preguntarme de todo mientras el maldito taxi seguía dando vueltas por Guayaquil.

Me preguntaban en qué trabajaba, qué hacía y yo les decía: soy profesor, soy monaguillo, soy escritor. De todo para ver si así se les ablandaba el

corazón. Esos corazones fríos, duros, carcomidos por el tiempo. Ellos me miraban, el taxista me miraba por el retrovisor de reojo, les daba pena, y tú qué me miras hijo de puta, tenía ganas de decirle pero mejor me callaba por miedo a represalias. Me preguntaban si yo tenía tarjetas de crédito, cuentas de banco, cheques y otras cosas. Yo les respondía que yo no tengo nada, que yo vivo en una pequeña casa con mi abuela. Pero ellos me miraban mal, no me creían lo que les decía. Me gritaban, me insultaban y me decían cosas horribles.

—Ya mismo te matamos por mentiroso y tacaño. Vas a morir, pendejo.

Yo los miraba con odio, como un cadáver puede mirar a su asesino.

—Miren, aquí tengo algo de dinero, les regalo si quieren mi celular.

Aprovecharon que yo tenía algunas compras, entre otras cosas algunos vinos y algo de comida. Me la quitaron a la fuerza. En fin, los malos paridos me dejaron botado por las afueras de Guayaquil, me tocó regresar en otro taxi, sin dinero. Lo que no saben esos tres ladrones hijos de puta es que sí memoricé la placa del taxi y ahora mismo estoy investigando en internet el nombre y apellido del dueño. Voy a dar con ellos, los mataré a todos.

El *secuestro exprés* era algo que nunca se escuchaba en Guayaquil. Pero hace diez o 15 años para acá, es el pan nuestro de cada día. La violencia, los gritos, los golpes, los secuestros. Ahora se pelean por los riñones, por los ojos, por el hígado de los niños; hay un tráfico de órganos, que cruzan la frontera a Perú, Colombia y a Estados Unidos; para revender en páginas de internet, en hospitales y clínicas; para ver si se salva algún hijo de rico, un millonario, enfermo terminal. Hijos de puta.

Toc toc toc

—¿Quién es?

—Alberto, es tu vecino.

—¿Qué quieres?

—Por favor baja el volumen de la radio.

—¿Otra vez?

—Sí, por favor, no escucho mi televisor.

Me cabrea que este hijo de puta joda con el volumen de mi radio y él, en cambio, todo el día con el volumen alto de su TV y nadie le dice nada. Sobre todo cuando escucha sus películas porno, de seguro, se masturba, el muy puto.

Ring ring ring

Ring ring ring

- Buenos días.
—Buenos días.
—Lo estamos llamando del banco.
—Yo no debo nada.
—Lo sabemos.
—¿Entonces?
— Tenemos un préstamo listo.
—¿De cuánto?
—10 000 dólares en efectivo.
—¿Es verdad?
—Sí, solo tiene que acercarse a firmar un pagaré a su nombre y listo.
—¿Nada más?
—No, gracias, por ahora no los necesito.

Acaso me creen loco o tarado para gastar el dinero y después me suman millones de intereses por esos 10 000 dólares. Le respondí amablemente al banquero que no, gracias, en otro momento. El banquero me dice que lo llame. Muchas gracias por su oferta, pero en este momento no estoy interesado. Anoté su nombre. Si me surge alguna necesidad o problema futuro no dude que lo llamaré. Colgué. Este mundo está lleno de gente estúpida, gente tonta, gente idiota que vive de las apariencias, de internet, de las redes sociales. A mí me sorprende ver

que todos los días desaparece gente y que nadie dice nada, es como si a nadie le importara. Solo importa lo que te pasa a ti. No les importa lo que le pasa al vecino. Ya no existe vecindad, malditos egoístas.

Veo en TV, la noticia de una mujer que ha nacido con tres tetas. Los hombres y sobre todo las mujeres la miran como si fuera un animal o un fenómeno de circo. Ya quisiera tener una mujer así. Tendría más leche para alimentar a mis futuros hijos. Sé que le han pedido a la mujer de tres tetas que se opere y que se saque una de las tetas. Yo le diría: no te operes la tercera teta, no te preocupes por esas cosas. Seguramente tienes más leche que el resto de las mujeres y que tus hijos, tus futuros hijos nunca le faltará nada, no pasarán hambre. Muchas veces me he preguntado si los extraterrestres existen, yo creo que sí, me es imposible pensar que en todas las galaxias de este planeta, que nosotros seamos los únicos seres vivos en este maldito sistema. Los seres humanos, seres inferiores, seres limitados, seres estúpidos que solo viven para producir dinero, para construir casas vacías, cascarones para seguir robando, para seguir metiéndose en casas de putas. Malditas ratas.

Llamo por teléfono a mi mejor amigo, pero él nunca contesta. Vive ausente, no sé dónde está, seguramente debe estar en la playa o subiendo montañas. Llamo y llamo y el teléfono suena ocupado o sin señal. En la mañana fui a misa.

La verdad no me interesa la misa como tal. Fui a visitar a las amigas de mi abuela, ellas todavía van. No confío en las personas que van a misas y que quieren chantajear al cura y que este a la vez chantajea a Dios, pero Dios sabe que los curas son unos hombres disfrazados, payasos que roban como los políticos que se llenan de dinero, de mármol y de lujos. Por otra parte yo veo a lo lejos las cabecitas blancas de las amigas de mi abuela y siento ternura. Espero que Dios les dé una cama en el cielo, que no tengan que arrodillarse para llorar por un Dios terrenal que no existe. Ellas se merecen el paraíso.

Aló aló aló

—Estamos llamando de la farmacia de la vuelta de su casa.

—Ya. Dígame qué desea.

—Sabemos que usted es un gran comprador de pastillas.

—Así es.

—Queremos saber si se le ofrece algo más, estamos de promoción.

—No lo creo.

—Es verdad, estamos de promoción 2 × 1.

—Perfecto, envíeme muchas sanax.

—¿Cuántas desea?

—Yo soy muy nervioso.

—Dígame la cantidad.

—Tiene que ser como mínimo unas 50 sanax.

—Muy bien, le enviaremos a su hogar con la cuenta.

—Muy bien.

—¿Cómo pagará la cuenta?

—Por internet.

—Perfecto, gracias.

—Gracias.

Cómo construir una bomba atómica en
diez sencillos pasos.

Métodos de elaboración

1. Habla con tu proveedor de confianza para que te proporcione 110 kg de *plutonio*. *Te recomiendo que hables con el contacto de la organización terrorista local o quizás al niño empollón de tu barrio si no tienes dónde acudir.*
2. Recuerda que el *plutonio* sea puro. *El plutonio refinado es un poco peligroso. No olvides lavar tus manos con jabón y agua tibia después de manipular el material, y no dejes que los niños*

o mascotas jueguen con él o lo ingieran. El plutonio sobrante es excelente como repelente de insectos. Puedes guardar la sustancia en una caja de plomo que podrás conseguir en el vertedero. Si tienes un búnker en casa también te puede ser útil.

3. Utiliza un recipiente para albergar el material. Lo que más se suele utilizar son herramientas que contengan planchas metálicas para poder disfrazarlo como, por ejemplo, un maletín o mochila. Atención, no utilices papel de aluminio.
4. Colocar el plutonio en dos formas hemisféricas, separadas por alrededor de 4 cm. Usa cemento de caucho para mantener el polvo de plutonio junto.
5. Hazte con 220 kg aproximadamente de Trinitrotuleno (TNT). La gelnita es mejor, pero es más difícil de trabajar con ella. Para hacerte con esto, consulta a los proveedores del paso 1, es posible que también sepan dónde comprarlo.
6. Empaqueta el TNT alrededor de los hemisferios de plutonio colocados en el paso 4. Si no encuentras gelnita, usa plastilina para pegar el TNT. Se puede utilizar plastilina de colores, pero por favor, ten un poco de gusto en elegir los colores.
7. Mete la estructura del paso 6 en el paquete hecho en el paso 3. Usa un pegamento fuerte como “Súper Glue” para pegar los hemisferios

- de plutonio al paquete para evitar la detonación accidental producida por la vibración o el mal uso.*
8. Para detonar el artefacto, obtén un radiocontrol (RC) para mecanismos, encontrados en modelos de coches teledirigidos o de maquetas de aerodelismo. Con poco esfuerzo, puedes hacer un pistón, que golpee la cápsula de detonación para provocar una pequeña explosión. Estas cápsulas de *detonación pueden ser encontradas en una tienda de electrónica. Nosotros recomendamos la “Explosión-Automática” porque no deja pruebas.*
 9. Ahora esconde el artefacto de curiosos, niños, vecinos y mascotas. El garaje no es recomendable ya que es extremadamente húmedo y las temperaturas cambian rápidamente. Los dispositivos nucleares explotan automáticamente en condiciones inestables. El armario de debajo del fregadero de la cocina es el mejor lugar para esconderlo.
 10. Ahora eres el dueño de un artefacto termónuclear funcional. Es excelente para romper el hielo en las *fiestas y para tus planes de dominar el mundo.*

<https://dominiomundial.com/como-construir-una-bomba-atmica-casera-en-10-sencillos-pasos/>

Fui al psiquiatra. No me gusta visitar psiquiatras. Creo que están más locos que una cabra; con perdón de las cabras. El psiquiatra me pide que me recueste en el sillón. El muy hijo de puta quiere que le cuente todo de mi vida. Yo le hago caso, lo miro de reojo, miro los lunares en su cara, tiene una verruga en la cara. Me río. Le sigo la corriente.

¿Este pendejo me quiere hipnotizar? Me pide que le cuente sobre mi infancia, sobre mis recuerdos más oscuros, sobre mis novias, sobre mi madre, mi padre, mi abuela. Yo le sigo la corriente y le cuento cosas de mí, miento, sudo, él suda. Saco una revista del anaquel, me pongo a mirar imágenes, le digo que soy un enviado del más allá. El psiquiatra me mira raro, no sabe qué decir, me río, le tomo el pelo y pienso que este hijo de puta está más loco que todas las cabras juntas.

Nunca he entendido los psiquiatras y menos a los doctores. ¿Por qué solo ellos pueden recetar medicinas y drogas y cosas parecidas? Acaso no ven que están más locos que el resto y solo quieren bombardear de drogas a la gente. Quieren reventar las neuronas de la pobre gente del pueblo. A la gente común la adormecen, la llenan de pastillas, las intoxican. ¿Por qué no se intoxican ellos, para que vean lo que es bueno, para que miren lo que yo solo puedo ver?

Hoy en la mañana estuve parado observando la entrada y salida de los carros de la casa de mi tía,

la loca. Observaba con mi reloj todas las entradas y salidas de ella. Anotó todos los datos que me llama la atención. En mi país decimos no seas sapo, loco y es que creo que todos son sapos, a mí no me engañan. Por ahora, como dicen en Colombia, se han salvado por un pelo de rana calva. Fui al supermercado, compré frutas, pollo, carne, vegetales, unos tres vinos para tomar en la semana, algunas cervezas y me encierro en la suite, pero antes pasé a comprar mucha comida chatarra. Me encanta la comida chatarra, es lo más acorde a este mundo que también es chatarra. El mundo pide comida fácil, grasosa, alta en azúcar y que va directo a tapar las venas del corazón y a intoxicar al hígado.

Cerca de mi suite, escucho gritos, escucho la voz de una mujer, no sé si son gritos de excitación o de dolor no alcanzo a percibir la diferencia, bajo el volumen de mi radio, los gritos siguen. Creo que el vecino está golpeando a su mujer o tal vez a su amante, yo no lo sé. El muy hijo de puta se cree muy bacán, muy fuerte, muy malo. Llamo a la policía. La policía llega en pocos minutos, entran a la fuerza en la casa en el departamento del vecino, lo sacan esposado. La chica tiene moretones y sangre en el rostro. Ella debe pensar que quien llamó a la policía debe ser un ángel. Yo digo en voz baja: claro señorita, yo soy su ángel, ahora usted está bendecida por mí.

Espero que a mi vecino le den varios años de cárcel. Me río. Ahora, la nueva vecina o esposa de mi vecino o amante o lo que sea, está sola, el arco está vacío. En cualquier momento la visitaré, y le enseñaré las bondades de sanación del Kamasutra.

Me meto a Internet y reviso páginas, memes, videos en YouTube. Si la gente utilizara toda esa imaginación para algo más importante seríamos una potencia mundial. El mundo sería un planeta como Marte o de Júpiter pero solo nos gusta reírnos del vecino, del pendejo del frente, del loco de la esquina. Solo nos gusta trabajar, trabajar, trabajar, somos animales domésticos. Falta anarquía, es hora de convertirnos en animales salvajes.

Veo por todas partes emigrantes cubanos, venezolanos, colombianos. Todos viajan a todas partes, como que si supieran a dónde van. Ellos han perdido el boleto de regreso y están en busca de alguien que les diga un consejo, un recuerdo, un sueño. Ellos han perdido sus sueños, los políticos han destrozado nuestras vidas. Quieren escapar y tener una vida digna. No debería existir la política, debería haber otra forma de organizarnos y a todo político que se le ocurra robar no solo cortarles las manos como en China, si no cortarles la lengua para que no vuelvan a hablar y se queden mudos para siempre en esta vida y en la otra.

Voy a misa, el padre está cada día más anciano y habla piedras, igual me gusta verlo y

escucharlo. Me gusta ver a las señoras mayores porque me recuerdan a mi abuela, con sus cabezas blancas. Llenan las butacas de las iglesias, se pelean por ser la primera en recibir la hostia. El padre dice que la hostia es la carne de Jesús, la carne de Dios, me gusta comerme un par de hostias y sentir que mi estómago se suaviza, se santifica, se limpia de todo pecado.

Ring ring ring
Ring ring ring

—¿Quién es?

—Soy su psiquiatra.

—Dígame ¿qué quiere?

—Teníamos cita para hoy.

—Lo había olvidado.

—Estoy esperándolo, va a venir.

—Hoy no puedo.

—¿Qué ha pasado?

—El pasado es pasado no me pregunte por el pasado.

—No olvide que mi consulta cuesta dinero.

—¿Cuánto vale?

—100 dólares la hora y si se pasa cinco minutos son 200 dólares.

—Malditos doctores siempre estrujando a sus pacientes.

—¿Cómo dice?

—Nada, olvídalo.

—¿Va a venir la semana que viene?

—Espero estar ahí.

—Hemos avanzado bastante.

—¿Avanzado?

—Hemos avanzado con su problema.

—¿Cuál problema?

—El que tiene pues.

—¿Dígame cuáles son?

—Usted ve enemigos por todos lados, escucha gente muerta hablando como el niño de la película.

—Sí, pero yo no veo a gente muerta hablando. Hablaba de la película.

—No entiendo.

—Bueno, da igual.

—Lo espero la próxima consulta.

—¿Cuál consulta?

—En la consulta.

—Se refiere a la consulta popular que perdió el presidente anterior.

—Yo no hablo de política.

—...

—Pero no viene al caso.

—Por caso se refiere al que le sigue al vicepresidente, al presidente y sus ministros por corruptos.

—Usted equivoca los conceptos.

—...

—Yo no estoy hablando de política.

—¿Apolítico?

—Le digo que no hablo política, no me gusta.

—Entonces usted es un apolítico.

—Olvídelo, lo espero en la próxima consulta.

—¿Cuál consulta?

—Sigue con lo mismo.

—Tengo que colgar.

—Hasta luego.

—Chau.

—Chau.

Ring ring ring

Ring ring ring

—Buenos días, ¿estoy llamando a la empresa de armas Z y asociados?

—Sí, dígame que desea.

—Quiero comprar algunas pistolas.

—¿Tiene permiso para usar armas?

- La verdad que no.
- Entonces no le puedo vender pistolas.
- A menos que se refiera a la pistola a la que se fuma.
- No, no quiero fumar, quiero pistolas de verdad.
- ¿Me puede decir el motivo?
- Es para seguridad.
- ¿De quién?
- Mía, la situación actual está peligrosa.
- Necesito su permiso de armas.
- No tengo.
- Entonces no le puedo vender.
- ¿Cómo saco ese permiso de armas?
- Tiene que ir al Ministerio de defensa y sacar un permiso especial.
- ¿Teme por su vida?
- Pues sí, soy importante, aunque para algunos soy un ángel.
- Lo entiendo pues vaya al Ministerio de defensa y consulte cómo puede sacar el permiso.
- Muchas gracias.
- Saludos.

Me parece bien que se pidan permiso para armas pero solo a veces. Aunque después podemos convertirnos en los Estados Unidos y ahí estamos todos perdidos. Allá todos pueden cargar armas hasta un niño y pueden matar a sus compañeros de escuela eso lo vemos todos los días en televisión, en CNN, en Internet, en YouTube. Hoy en la mañana me encontré con un hombre que lee el tarot y me dijo:

—Deme una contribución económica voluntaria.

—Bueno (y de repente saca unas cartas y lee mi futuro).

—Tendrá mucho dinero y fama.

—Jajaja

Mira mis manos y me dice:

—Que tengo una larga vida.

—Jajaja

—Deme un dólar.

—Tome un dólar.

—Deme veinte dólares.

—Jajaja a otro perro con ese hueso y si seré rico, cómo no sabes que solo tengo un dólar en mis bolsillos

—...

—Nos vemos vidente.

—...

Como dije alguna vez, mi abuela me heredó unas suites y quise arrendarlas, entrar en el negocio de Airbnb. Pero por seguridad, primero puse cámaras, ahora con la tecnología, uno puede poner cámaras en todas partes y puedes revisarla desde el celular o desde la comodidad de mi casa.

Mi primer arrendatario fue un francés, todo bien, hasta que me di cuenta de que el francés era un puerco asqueroso, no se bañaba yapestaba a demonios. Los vecinos se quejaban y yo pude percatarme de eso cuando pasaba por ahí. Le dije, francés o te bañas o te vas y él siempre me miraba feo y me dijo me voy. Mejor. A ver quién aguante tus inmundicias.

Después tuve a un rumano, todo bien, hasta que me di cuenta que se robaba ceniceros, vasos y cosas de mi suite. Era un delincuente. Además se dedicaba a robar a los vecinos y todo el que pudiera y como no me gusta tener a delincuentes entre mis cuatro paredes, le dije que se vaya.

De ahí tuve un chino pero prefiero no contar mucho sobre él porque la verdad me da vergüenza, además de puerco, se devoraba animales, una vez secuestró y decapitó a un gato y tuve que botarlo y de paso llamé a la Sociedad Protectora de animales para que lo encierren.

Ahora tengo como inquilinos a una cubana y en la otra suite a un español. Parecen ser inquilinos decentes. Uno nunca sabe qué tipo de

arrendatarios entran en una casa. Este trabajo de las inmobiliarias es complicado, nunca sabes lo que te puedes encontrar a la vuelta de la esquina. Como mis precios son muy competitivos, incluso mejor que toda la competencia, tengo una buena demanda. Me parece un trabajo llamativo pero extraño. Me compré unos bonsái, incluso llené de bonsái algunas partes de mi casa y creo que eso me va dando cierta tranquilidad. Los bonsái son como unos animalitos verdes que florecen hasta en las almas más oscuras y relaja el cuerpo. Ahora quiero hablarles de la cubana, es una mujer hermosa, tiene un lindo cuerpo sobre todo un par de senos impresionantes, un color de piel moreno espectacular, inteligente, sabe vestirse muy bien. Despierta la mirada de todos los hombres, nunca me gustó ser *voyerista* y andar espiando vidas ajenas pero por culpa de la cubana fue la primera vez que me convertí en un mirón.

Seguí con los proyectos personales, empecé a hacer una lista de todas las personas que se han ganado un merecido. Yo que soy un ángel, *el vencedor del futuro*, el hombre que pondrá los puntos sobre las íes. Ya verán.

Ring ring ring
Ring ring ring

—Hola.

—Soy tu psiquiatra, te sigo esperando, ¿por qué no has venido?

—Ya te he dicho que estoy ocupado, espero ir pronto.

—Me dijiste el otro día que vas a venir pero te sigo esperando, te recuerdo que mi tarifa está subiendo.

—Ya me dijiste la vez pasada, no lo he olvidado.

—Ahora estoy resolviendo unos proyectos personales, pero en caso de aceptar la cita, me avisas.

—Bueno me cuesta dormir en las noches.

—Te puedo recetar algo bueno para eso.

—Voy a ir a verlo pronto para que me dé la receta.

—Lo espero.

—Vale.

Ring ring ring

Ring ring ring

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Hablo con el Ministerio de defensa?

—Sí, diga, habla con el Ministerio de defensa.

—Quiero comprar una pistola.

—¿Tiene permiso?

—No, pero quiero uno.

—Eso no es posible.

- Todo es posible en este mundo.
- Lo siento.
- No lo sienta.
- Hasta luego.
- Hasta luego chabón.

No me importa que estos militares no me quieran vender armas, pues me dedicaré a construir bombas caseras y se van todos a la mierda. Tengo mi lista negra: La loca de mi tía, mi vecino que está en la cárcel (él se salva porque ya está pagando sus culpas), el taxista y los ladrones del secuestro, las fábricas de Coca Cola y mi psiquiatra (que lo perdono porque después de todo me cae bien).

No sé si recuerdan pero sí memoricé la placa del taxi y ya tengo el nombre y apellido del dueño. Tengo sus datos. Le pedí a la cubanita (ahora ella es mi mujer y me la follo todos los días) que se haga “amiga de ellos”, que los llamé y les diga que vayan a una dirección en el barrio de Urdesa, que les tiene una cita a las seis de la noche, que van a ganar mucho dinero.

Todos los diarios y noticieros de TV hablaban de lo mismo esa noche y en los días posteriores: una señora sola, aparentemente sin hijos y tres hombres (se cree que uno de ellos era taxista) murieron en las múltiples explosiones en el barrio de Urdesa. Hay varios heridos de gravedad y otros con heridas leves. Además hubo varias explosiones

en las fábricas de Coca Cola. El presidente del país dará una rueda de prensa en las próximas horas. La policía y la inteligencia militar están investigando a los posibles culpables de los atentados terroristas. Todavía no se sabe nada más al respecto. El vengador del futuro ha llegado.

Confesiones asiáticas

Vivo algo que no espero vivir.

Federico Jeanmaire

Shui no recuerda casi nada de su infancia. De lo poco que recuerda está su antigua casa en China. Era un lugar pequeño, limpio (su madre es temática con la limpieza), lleno de cosas raras, siempre había gente en esa casa; escuchaba risas, conversaciones, voces que se estrellaban contra las paredes. Era una casa muy húmeda, el clima en su ciudad era como un desierto: el calor y sol golpeaban como campanas todas las ventanas. China era una palabra que le sonaba familiar pero ahora la siente lejana. Shui quisiera imaginar más cosas de su pasado. Era muy niña para eso. Solo aparecen sombras que van y vienen de su frágil memoria. Ahora ella vive con su madre en un pequeño piso de París. De a poco aprendió a hablar francés, con dificultades, pero aprendió a usar esa lengua impostada, esa lengua que venía del otro lado del mundo. Una lengua que no tiene nada que ver con ella.

A veces sueña con grandes lenguas verdosas que la acarician, la inundan, la mojan entera y le dicen cosas en chino y generalmente son quejidos, insultos, llantos atragantados. Ella se desespera, quiere gritar pero el grito se le queda atrapado en medio de la garganta sin poder salir. Shui es una jovencita china que se pasa viendo televisión, suele comer algo que encuentra en la refrigeradora, sobre todo algo que le haya cocinado Li, su madre, la noche anterior. Va a clases de francés en un centro cultural chino-francés. Sale a caminar bastante, come poco e imagina mucho. Mira el cielo gris de París y cree que es un burro obeso que sufre de estreñimiento.

Li es la madre de Shui. Tiene 52 años. Vive hace algunos años en París. Decidió irse de China porque la vida en su país era difícil. Había demasiada opresión y limitaciones. No puedes llevar una vida libre. El gobierno de China te fiscaliza todo el tiempo, te prohíben tener los hijos que quieras, limitan tu salario, pagas muchos impuestos, no puedes elegir lo mejor para ti, allá vives observado. En China trabajaba en un mercado de frutas, no ganaba mucho, pero le alcanzaba para vivir. Para pagar el arriendo, la comida y los gastos básicos de Shui. Las cosas se pusieron cuesta abajo: cerraron el mercado de frutas, se quedó sin trabajo estable, tuvo que hacer de todo para sobrevivir, hasta que decidió irse de su país y viajar a París. Le costó

encontrar trabajo porque no tenía papeles y no hablaba el idioma. Solo se limitaba a mover la cabeza y decir gracias.

En París, al principio, pasó mucho frío y hambre. El dinero que recibía por el trabajo era limitado. Li aprendió hablar francés, con dificultades pero lo aprendió. Su niña era muy pequeña y pudo enseñarle una parte de la lengua para que se pueda proteger y para que más grande se pueda defender sola. Pudo tener sus papeles de residencia pero es dura la competencia y para los franceses, todos los chinos y las chinas son lo mismo. Piensan que son gente trabajadora que les puede quitar el trabajo, robots que no se cansan, que hablan poco y que no reniegan. Les pagues lo que les pagues siempre dirán gracias. Los distintos colores de los euros brillan ante sus ojos rasgados de igual forma. Creen que ellos no se inmutan por nada, solo viven para trabajar.

Shui descubrió que su nombre significa agua. Se imaginó que ella era parte de toda el agua del mundo. La gran parte de nuestro planeta. Agua que fluye y que da vida. Agua que baja por la garganta y que refresca y agua oscura que botan los cuerpos sucios de los cadáveres en estado de descomposición. Shui es una niña curiosa que le gusta leer mucho y que le gusta escribir.

En Francia, ya conociendo la lengua, leyó un libro que le gustó mucho, se llama *El sabotaje amoroso* de Amélie Nothomb y es una escritora

francesa que nació en Kobe (Japón) pero que vive en Bruselas. Por eso se compró un diario y a veces escribe lo que se le pasa por la mente. Se llama así misma: la niña del agua, la niña que fluye por la naturaleza, la niña líquido, la niña invisible. Li, la madre de Shui, sale a trabajar en un mercado de víveres por el centro de París. Por lo general se marcha de la casa a eso de las 8 de la mañana. Shui va a clases de francés en un centro cultural chino-francés que queda a tres estaciones de metro de su casa. Entra a las 10:00 de la mañana y sale a las 14:00. A ese centro cultural, que es realmente una casa okupa que se han tomado a la fuerza un grupo de chinos y franceses.

Cambiar de país fue como cambiar de planeta. Li sentía que el aire era distinto. La ciudad que tenía al frente era París, miles de kilómetros luz de su ciudad natal y de su país opresor. Siente pena por las personas que quiere, en especial de sus pocos familiares que viven allá y ella acá. Se le inundan de agua los ojos, se humedecen, ruedan lágrimas como si cayeran gotas de ella, pedazos de piel o algo tal vez más íntimo, más de adentro, algo que es invisible y que yace el fondo de nosotros y que no tiene nombre y que el lenguaje que es insuficiente no se atreve a nombrar.

Li trabaja ocho horas en París pero solo en papel, a veces se extiende la jornada a diez o doce horas. Siempre tiene frío, siente que la piel se le

hiela, es así desde niña, de nacimiento. Nunca fue muy amiga del frío. Alguna vez leyó que el miedo nace en la boca del estómago y por eso las personas sufren de muchos dolores estomacales y de frío. Miedos no identificados ni tratados. Teme por ella y por su hija Shui. Se parte el lomo con tal de no perder el trabajo. Esa es su mayor gastritis de frío.

Shui desayuna un pan tostado y alguna fruta, especialmente una banana o una manzana (su fruta favorita), toma el metro y llega al centro cultural que como sabemos es una casa okupa, una casa donde viven chinos y franceses. Cada uno vive en su espacio pero casi siempre hay discusiones y peleas. El choque de culturas es evidente. Los chinos son ordenados, temáticos, rígidos y los franceses, lo contrario, beben todo el tiempo, fuman marihuana, se roban la comida e incluso se ponen la ropa de los demás, esto origina discusiones interminables pero igual viven todos juntos, no tienen otra opción.

Shui lleva un cuaderno y varios bolígrafos y escribe todo el tiempo lo que le enseña Dominique un profesor jubilado de un colegio fiscal. A Dominique le gusta escribir poemas y los compartía en clases. Shui siempre le prestaba mucha atención porque le gusta la poesía, sobre todo la musicalidad que encuentra en la poesía de Rimbaud y Mallarmé. Dominique ríe todo el tiempo, le gusta enseñar, así no le paguen ni un euro. Disfruta de enseñar a los

habitantes de este sitio y a todo visitante que quiera aprender más del francés.

A pesar de que cree que los franceses son en general gente amable, Li ha tenido problemas con algunos clientes, en especial, con los latinoamericanos y con los asiáticos. A veces da la impresión de que tienen celos, que ella tenga trabajo y ellos no, y siempre le dicen alguna ofensa o algún insulto de más. Li se ha quejado con el dueño de la tienda de víveres y el gordo francés le dice:

—Mujer, no te pongas así, yo sé que hay clientes difíciles, eso pasa en todos lados, pero vivimos de su dinero, de lo que ellos nos consumen en nuestra tienda, ¿comprendes?

Li agacha la cabeza y se marcha murmurando malas palabras en su idioma natal. Palabras que el gordo francés no entiende. Palabras que nacen en su interior y que están retenidas en su cabeza y que salen de su boca como mariposas negras. Todo iba bien hasta que Shui nota que su madre empieza a llegar muy tarde o no llega a dormir a casa, y a ella, por esta razón, se le va el sueño seguido, es decir, vive un insomnio permanente. Cuando ve a su madre en la cocina o haciendo el aseo y le pregunta por qué no va a dormir o llega muy tarde. Li no le responde o le dice cosas como:

—No moleste, no se meta, no me fastidie, preocúpese de sus cosas. Li empieza a adelgazar y se ve enferma. Su cuerpo lo afirma pero ella niega

el lenguaje del cuerpo. Shui sigue en su rutina de clases, con el profesor Dominique, incluso ya escribió su primer poema.

Una noche, suena el teléfono en la casa. Es muy tarde. Shui contesta. Se escucha del otro lado la voz de un hombre:

—Aló, aló, Li, Li, ¿estás en casa? Aló, Aló, Aló, aló. ¿Dónde estás?

—Ella no está en casa, que no ha regresado del trabajo, responde Shui.

Se corta la llamada. Shui queda preocupada. Su mente está en blanco, no sabe qué pensar al respecto. Llama al móvil de su madre pero está apagado. Li no regresa a casa esa noche. Shui se queda dormida muy cerca de la puerta de la entrada, esperando noticias de su madre.

La mañana siguiente, Shui llama a sus vecinos y a sus conocidos del barrio para saber algo de su madre. Nadie da noticias sobre ella. Llama varias veces al móvil de su madre pero sigue apagado. Tiene miedo de que a su madre le haya pasado algo malo.

A los pocos días, suena el teléfono. Es Li. Shui llora al escuchar su voz. Li le dice que la perdone, que ha estado mal de salud, ha estado internada en una clínica para inmigrantes. Li le dice que tuvo que dejar la tienda de víveres y que ahora la llama de la casa de un amigo, que pronto la llamará y que le ha dejado trescientos euros con una vecina del barrio, para que pueda comer y estar tranquila, que

pronto llamará de vuelta. Shui tiene muchas preguntas que no hace y le dice que irá por el dinero pero antes llora del otro lado del teléfono. Su voz suena lejana y rota. Li cuelga.

Shui deposita el dinero en una gaveta y tratar de economizar. Compra lo básico para comer. Quiere que el dinero le dure lo que más pueda hasta que regrese su madre. Vuelve a sonar el teléfono. Nuevamente es la voz del hombre preguntando por Li. Shui responde que no está en casa, que no ha regresado. El hombre se enfurece y grita:

-Maldita sea, china de mierda, por qué no has regresado. No vuelvo a prestarle dinero. Dile a tu madre que me debe mucho dinero, que no se haga la loca. El hombre cuelga. Shui no sabe qué decir. Teme por su madre. Tiembla. Lloro.

A los días, llama Li, su voz suena preocupada, le dice que no puede verla, que tiene que irse lejos porque tiene un loco que la persigue. Teme por su vida. Shui grita:

—¿Por qué mamá? ¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no vienes a casa? ¿Quién es ese hombre?

—Shui, hija mía, no puedo explicártelo ahora, te dejé dinero con la vecina. Pronto te llamaré de vuelta. Cuelga.

Shui toca la puerta de la vecina. Del otro lado se escucha a lo lejos la voz de una mujer.

—Hola señora, ¿mi mamá me dejó algo para mí?, preguntó Shui.

—Hola Shui, claro, tu madre me dejó cien euros para ti.

—¿Dónde está ella?, preguntó Shui.

—No lo sé pero se ha ido lejos, teme por su vida, al parecer tiene muchas deudas y un hombre mayor la persigue, dijo la vecina.

—¿Quién es ese hombre?, preguntó Shui.

—No lo sé, respondió la vecina.

—¿Por qué quiere hacerle daño?, preguntó Shui.

—Al parecer le debe dinero. Tu madre estuvo en una clínica, tiene una rara enfermedad que no sabemos y no tiene dinero para pagarle el préstamo a ese hombre, dijo la vecina.

—Mi madre trabaja en una tienda de víveres, dijo Shui.

—Sí pero sé que renunció a ese trabajo hace tiempo, sobre todo era para que le dieran los papeles de residencia. Ahora ella está lejos. Debes estar pendiente de su llamada, seguro te llamará pronto. No pierdas la esperanza. Tu madre estará bien, dijo la vecina, cuídate, adiós. Shui caminó de vuelta a casa.

Pasaron los días y Shui estaba convertida en un mar de nervios. Casi no dormía, ni comía esperando noticias de su madre. Shui fue a visitar a

la vecina y le dijo que estaba asustada y que necesitaba trabajar, que ya casi no tenía dinero. Shui, le dijo la vecina, puedo hablar con un conocido mío que tiene un bar para que te ayude, es lo único que se me ocurre por el momento. La vecina anotó un teléfono celular en una hoja de cuaderno.

Ella se lo llevó y lo llamó, le dijo que llamaba de parte de la vecina, amiga de su madre, y quería saber si podía darle un trabajo, en lo que fuera. El hombre le dijo que sí, que claro, que fuera a verlo, que andaba buscando meseras. El hombre se llamaba Donatien, era divorciado, gordo, calvo y era dueño de un bar en el barrio Pigalle de París. Shui fue a verlo el día siguiente, tuvieron una breve conversación y empezó a trabajar en el bar. Su horario de trabajo era de 9:00 a 18:00.

Shui era una buena mesera. Trabajaba bien e incluso recibía buenas propinas pero no le alcanzaba el dinero. Por ser menor de edad, Shui, no recibía un sueldo digno y de paso era extranjera, cosa que no ayudaba. Donatien tenía una debilidad, le fascinaban las menores de edad y si eran vírgenes mejor. Él le coqueteaba a Shui e incluso le propuso salir a comer a un restaurante, los dos solos. Incluso le propuso aumentarle de manera considerable el sueldo si se convertía en su amante.

Shui siempre se negaba, hasta que no tuvo escapatoria. Una noche salieron a comer a un lujoso restaurante del centro de París y después la

invitó a su casa. Shui tenía mucho miedo. Le pidió que se desnudara. Shui poco a poco se fue quitando la ropa. Temblaba. No le gustaba ese viejo feo pero el dinero prometido era bastante. Shui se acostó en la cama. Donatien le bajó el calzón con los dientes y se acercó a su tierna vagina, rosadita, sin vellos y se quedó observándola. Shui seguía temblando del miedo y no decía nada.

—Quiero confesarte algo, Shui, las vaginas de las mujeres son hermosas, pero sobre todo las vaginas de las chinas son únicas, olorosas, especiales. Son diferentes al resto de las mujeres del mundo. Son más apretadas, más finas, más delicadas; es difícil de explicar. Desde que te vi, esperaba este momento. Amo tu vagina virgencita, la amo.

Donatien olía su vagina como si fuera el mejor perfume de París. Shui tenía los ojos cerrados. Él agarró su verga y la puso sobre su vagina y metió la punta varias veces. Shui gritaba. Otra vez, otra vez y otra vez. Shui gritaba y lloraba. Unas gotas de sangre mancharon las sábanas. Donatien sudaba y babeaba de placer.

Shui siguió viviendo en su casa, aunque dormía casi siempre en casa de Donatien. Shui casi no hablaba. No decía palabra alguna. Solo trabajaba de mesera y en las noches era penetrada, a veces, de manera salvaje pero no se quejaba. Nunca se quejaba por nada. Hasta que un día, recibió una

llamada por teléfono. Era Li, su madre, que le pedía que la vaya a ver. Le dio la dirección de una clínica lejana, casi a las afueras de París. Shui fue a verla en compañía de Donatien.

Al verlos llegar juntos, Li se asombró pero no dijo nada. La diferencia de edad era muy notoria, podrían pasar fácilmente como el padre y su hija e incluso como un abuelo y su nieta. Li estaba muy delgada y moribunda. Tenía una rara enfermedad. Le pidió disculpas por todo, por su ausencia prolongada. Le dijo que el hombre que tanto la perseguía era un viejo amante que la acosaba que por suerte se alejó de su vida, que no tiene sentido hablar de él, que ya eso quedó en el pasado. Shui solo asentía con la cabeza y no decía nada. Shui y Li lloraron juntas agarradas de la mano. Donatien a lo lejos, guardaba distancia, no dijo nada. A los pocos días, Li dejó de respirar. Él la abrazó con fuerza a Shui y le dijo que lo sentía mucho. Shui lloró mucho.

Una noche la vecina de su casa, al verla caminar por la calle le dijo que quería conversar con ella, que había algo que nunca le había dicho, que era importante que le cuente.

—Dígame que es lo tan importante, dijo Shui, en medio de la calle, mientras caía una leve garúa.

—No te dije toda la verdad, Shui, es sobre Donatien. Hubo un silencio como de película

muda... Él era la pareja de tu madre. Él estuvo loco por ella, la acosaba, pero al verla que envejecía y estaba enferma, la dejó esperando por una china más joven... Su debilidad son las chicas jóvenes y más sin son chinas. Sospeché que él se enamoraría de ti como lo hizo con tu madre. Pero déjame decirte que cuando tengas más edad, es muy posible, que te deje por otra más joven, es su mal, dijo la vecina.

—Ya lo sabía, dijo Shui con voz ronca, mi madre me lo dijo en chino ese día final en la clínica. Me lo imaginaba por la forma que se miraban... me tuve que vengar y lo hice con su correa favorita. Ahora su cuerpo debe estar más frío que una carne cruda. La vecina se quedó atónita y no supo qué más decir. Shui se dio media vuelta, cruzó la calle de forma apresurada bajo la lluvia que caía en ese rato por las calles de París.

Manual para pervertidos

Cuando él besó mi pezón
sentí vibrar el hueso de mi codo
Cuando sus labios tocaron mi vientre
me subió un cosquilleo hasta la oreja
Cuando se llevó la cabeza de mi pene a la lengua
un temblor estrechó el esfínter, gozo
vibraron mis riñones
Respiré un profundo y suspirante ¡ahh!

Allen Ginsberg

A Manuel le encanta salir a cenar con sus amigos. Después se va a bailar a una discoteca con Juan. No sabe qué le gusta de ese viejo calvo más que el buen coche. Manuel tiene varios novios. A todos les dice *mi amor*, aunque no sienta amor por ninguno. Es un joven que acaba de cumplir 21 años. Pero que ha vivido su breve vida viendo películas porno y masturbándose. No se aburre; le encanta. Cuando se aburre se compra otra película y sigue con la verga erecta lanzando semen como grifo de agua. Le gustan hombres y le gustan mujeres. Le gustan chavales y mayores. No tiene mayor problema con los cuerpos que pasan por su cama. Es alto, delgado, cabello rubio. No tiene problemas con ir a discotecas tanto heterosexuales como gays. Va y

viene. Se queda a dormir en casas de sus amores. No se complica la vida. En el día trabaja en un local de videos piratas. En la noche a veces se disfraza de mujer y se vende. Pero no se vende a cualquiera, es un culo muy cotizado. Se vende caro. Quien primero ponga más dólares en la mesa, él presta el culo. Su padre es de origen italiano. Su madre es de nuestra tierra. Manuel nació en Génova por accidente pero en seguida lo trajeron a nuestro país. Él dice que es italiano para así cobrar más pero nadie se lo cree a estas alturas, a menos que el cliente sea nuevo y ahí sí cae redondo. Es un experto en masturbación. Le encanta saber que tiene verga y la puede meter en cualquier hoyo como si jugara billar. Le gusta que lo llamen puta o puto (a veces). A ratos es Manuel o Manuela, dependiendo de la noche. Tiene una mejor amiga que se llama Irene. Ella a su vez tiene muchas amigas y amigos. También sale con muchas mujeres y hombres. Es igual que Manuel no clasifica, no discrimina, no se niega, a lo que venga. A lo que la noche puta regale. Manuel estudió en un colegio de hombres. Ahí se desvió (o lo desviaron). Dicen que hay varios tipos de gays, que unos se hacen y que otros nacen. Parece que Manuel es un poco de los dos. Aunque se inclina más a la idea de que se hacen con el tiempo y las malas mañas. Le encanta salir a bailar. Es un trompo. Es una loca disparada. Es una mujer salida de una jaula. Es un niño travieso.

Es un hombre enamorado capaz de hacer lo que su amor le suplique. Es una gata en celo. Le fascinan los penes, siempre anda midiendo los penes de sus amigos o de sus novios. Le gusta que sean largos pero no a lo animal, aunque no se niega a los más pequeños o anchos. Es un mar de celos con sus novios. Irene lo consuela cuando alguien le rompe el corazón, o a hay veces que le quita los novios, y ahí se arma una guerra de *rouge*, de calzones y de tetas al aire que ni se imaginan. Yo siempre tengo que llegar y poner orden como árbitro de fútbol.

Es mi amigo, lo estimo, pero a mí me encantan las mujeres. Enloquezco por las mujeres. Yo tampoco discrimino a nadie, con tal de que tengan un par de buenas tetas y un buen culo jugoso, me pierdo, me enturbio, me vuelvo loco. Manuel estudió en un colegio de hombres. Él dice que cuando era pequeño le gustaban las niñas. Le llamaban la atención la fragilidad de sus manos, sus nalgas vírgenes, sus vaginas rosaditas, sus cabellos dorados, sus risas de dibujos animados. Sus ojos angelicales que no han visto todavía el horror del mundo. Con el pasar de los años, los gustos cambiaron. No sabe si fueron los pantalones apretados, los pequeños músculos, las malas palabras, los golpes pero algo se rompió dentro de su cabeza (y no fue su cráneo). Él me dice que fue la inocencia. La inocencia rota que lo hizo volverse un voyerista de su realidad, de lo más cercano.

Manuel se encerraba en los baños para no ir a las clases de matemática. A veces se fugaba con sus compañeros por la puerta detrás de la escuela y se iban a dormir a un parque. Ahí jugaban fútbol o básquet. Ahí jugaban a las escondidas o a lo que sea. Ahí se jodió todo.

Entre tanto roce y tanta fricción descubrió el calor masculino. Descubrió que es interesante mirar más allá de cualquier cosa. Mirar y no tocar decían los mayores. Mirar y sí tocar pensaba Manuel. Se divertía mirando los penes pequeños de sus compañeros de escuela. No eran entretenidos, no pitaban, no hacían mayor cosa, pero le gustaba observar esos pequeños gusanos que no se movían por nada.

Entre todos esos chicos al primero que intentó cogerse fue a mí, pero yo le dije: ni se te ocurra o te quedas sin dientes. Manuel retrocedió y siguió jugando. Al que se lo cogió fue al Darío, ese era el más huevón. Cayó en los juegos y en las mentiras de Manuel. Darío era un niño recién llegado a la escuela. No tenía muchos amigos. Su primer amigo fue el Manuel. Darío era un poco perdido como si anduviera por las nubes. A ratos se dormía en cada sitio. Parece que tenía problemas en casa o algo por el estilo. Lo cierto es que vivía como en la luna. Manuel le enseñó a tocarse el pito, un día en el baño del colegio le dijo que si se sacaba el pene le daba un regalo. Darío se sacó el pene y Manuel

le dio un beso en la boca. Manuel le agarró la verga y se la jaló como si fuera un muñeco de plastilina. Era su nuevo juguete. Darío no dijo nada, no sabía qué decir. Darío le seguía el juego a Manuel. Era su único y mejor amigo. Ahora Manuel no solo le agarraba el pene sino que se la chupaba como paleta de chocolate. Experimentó el amor con Manuel. Un nuevo sentir que no estaba en su mente. Darío nunca le agarraba su pene pero le daba besos de vez en cuando. Darío estaba enamorado de Manuel. Manuel no y tampoco lo besaba, era como las putas que dicen *todo, menos besos*. Fueron creciendo, ahora están en el colegio y se penetraban: a ratos Darío hacía de hombre, Manuel de mujer. Darío de perro, Manuel de dueño. Darío de mayordomo, Manuel de jefe. Darío de ladrón, Manuel de policía.

Manuel sigue siendo un fanático de las películas porno, ahora las ve con Darío (al principio sintió rubor, ahora ya no). Las ven inmóviles, en la cama, como si fueran dos cuerpos recién asesinados. Dos cadáveres que dejaron hace mucho de respirar. Ni una mosca o mosquito los perturba. Están concentrados viendo las películas y aprendiendo las difíciles y complejas artes del sexo. Después de ver las películas porno se pasan ensayando lo que vieron. Las familias de Manuel y de Darío ni siquiera sospechan que sean gays. En su ingenuidad creen que se reúnen a hacer los deberes del colegio. Aunque en las libretas del colegio estén las notas echando fuego.

Irene sigue saliendo con amigas y amigos. Por temporadas le da por vaginas y a ratos con penes, como dice ella. No se complica la vida. Va al cine. Tiene sexo. Cena en un lujoso restaurante que alguien paga, ella nunca tiene ni para pagar ni un vaso de agua mineral. El dinero que recibe de su ordinario trabajo de cajera de supermercado lo gasta en maquillaje, ropa y tintes para el cabello. Irene nunca se enamora. Eso no está permitido. No existe. El amor es un cuento barato, un lugar común, un poema inconcluso que algún estúpido se inventó para follar gratis. Yo sigo creyendo en el amor aunque me digan que soy un cursi. Aunque tampoco me considero un enamorado. Detesto la cursilería. El engaño. La mentira con tal de satisfacer el deseo. La culpa es del deseo. Todo lo que hacemos, absolutamente todo es por el sexo. En la entropía de las mujeres está la rueda que hace girar al mundo.

Me he enamorado algunas veces pero siempre todo se jode y llega a su final. Empieza como una bella historia rosa que se va al carajo. Las relaciones de pareja son lo más complejo que existe. No me vengan con la hipótesis absurda de que los hombres y las mujeres son de distintos planetas, puras estupideces. Las mujeres y los hombres vinieron a este planeta a chingar y joderse en las madres. Punto. Darío y Manuel siguen follando como unos atletas del sexo. Les importa un rábano si sus familias los

escuchan detrás de la puerta. Follan con ímpetu. Con energía de campeones. Como dos animales con rabia. Con dulzura cero. Con dureza máxima. Como dos bestias insaciables. Aunque con el paso del tiempo Manuel se aburrió de Darío. O Darío de Manuel, eso nunca lo sabremos en realidad. Lo cierto es que cada vez se frecuentaban menos. A Darío le comenzaron a interesar las mujeres y otros hombres. A Manuel lo mismo. Se aburrieron de tanto flagelar la misma carne, por tantos años. Aunque tampoco podemos decir que eran muy fieles entre ellos, pero tenían algún tipo de relación amorosa que rayaba en la locura (¿tortura?). Manuel comenzó a interesarse por universitarios, por profesores, por personas mayores que podían saciar su carne y sus caprichos materiales. Darío se lanzó a las mujeres. Esos extraños y bellos seres que habían sido ajenos a su calor humano, ahora le parecían objetos apetecibles. Manuel y Darío se graduaron en el mismo colegio. Pero ya nada era igual. Seguían saludándose y frecuentándose pero había nacido un río, una pared, una línea divisoria entre ellos dos.

En la graduación bailaron como si fuera la última noche de sus vidas. Bailaron como trompos sin cuerda. Ni se miraron en toda la velada. Manuel se escapó con Juan. Darío se fue ebrio a dormir a la casa de una compañera.

Yo en esa noche bailé poco y me fui con mi bella María. Follamos toda la noche. Cuando ella llegaba al orgasmo me decía: muy bien mi recién graduado (¿en sexo?).

En casa de Manuel o Darío decir la palabra *gay*, era decir una mala palabra. Los hombres siguen pensando que si es más largo el pene es más macho. ¿Opinará lo mismo el exesposo de Lorena Bobbitt?

Manuel siguió escapándose con Juan. Seguían follando en la casa de uno de los dos. A veces en moteles, casas ajenas, prestadas o arrendadas. Manuel le propuso a Juan tener sexo en lugares públicos. Juan no respondió nada y solo dijo que lo pensaría.

Darío siguió buscando y explorando en el interior de los cuerpos de las mujeres. No ocultaba su pasado gay que a algunas chicas parecía excitar. Tal vez Darío buscó en sus cuerpos (¿el cuerpo de su madre?).

Irene siguió con su vida desenfrenada a flor de piel. Los fines de semana salía a bailar con amigas, conocidas, desconocidas, primas, amigas de las amigas de las amigas. Después de las discotecas o de los bares terminaba bailando en casa de alguna conocida. Sus cuerpos reventaban de placer. Manuel fue aprendiendo y perfeccionando el arte de la masturbación. Ya no solo se masturbaba, sino que masturbaba a todo hombre o amor que pasara por su puerta. Les gustaba ver a sus novios erectos

de amor. Se deleitaba con ver bailar desnudo a su amor de turno. A pesar de que tenía varios novios, siempre se las ingeniaba para salir con todos y que no se dieran cuenta de las infidelidades entre ellos. Irene salía con mujeres y hombres. Dependía de la temporada del año, pero muy en el fondo, siempre le atraían más las mujeres. Un día conoció a una *hippie* en una discoteca alternativa y se enamoró perdidamente de ella. Lo de Irene más que amor fue una intensa atracción que nunca había experimentado o vivido. Fue una atracción que a ratos rayaba en la locura. Después de pensarlo le dijo que sí le gustaría hacer el amor en lugares públicos. Manuel se alegró con la decisión de Juan.

Darío follaba con varias amigas. Pero se enganchó con una que le decían *la taxi* (rubia arriba, negro abajo). Le gustaba su forma de vestir, sus senos, su cintura, su forma peculiar de caminar. Esa noche Manuel y Juan se metieron tanta cocaína que podría matar hasta un caballo. La cocaína y el semen fluían por las venas.

Las mujeres que están satisfechas sexualmente no compran nada. Las que no están satisfechas con su marido andan pululando en los malls. Ya parecen sardinas en latas.

Darío le dijo a *la taxi* que quería tener sexo anal. *La taxi* le dijo: solo cuando seas mi esposo. Y le cerró la puerta del baño en las narices. Manuel tenía otro negocio ocasional, que le daba cierto

dinero: la venta ilegal de películas porno. Se metía a ciertos sitios de internet de venta de películas XXX y las compraba a bajos precios o negociaba por teléfono con los mismos vendedores de los EE. UU., se conseguía las últimas novedades del mercado porno. Sacaba muchas copias y las vendía a sus amigos o clientes. Se conseguía para todos los gustos, de animales, de negros, de vírgenes, de gays, de lesbianas, de masoquistas, de violaciones, de curas, etc., el negocio era rentable. Las películas más pedidas en el catálogo de Manuel eran las de vírgenes y las de animales.

Sigue siendo un tabú y casi un rumor de pasillo el sexo anal. Las mujeres no lo confiesan abiertamente pero les complace esta forma sexual. Una mayoría guarda en la cartera algún tipo de vaselina. Obviamente no cree ni creerá en el matrimonio. La vida es demasiado corta para entregársela a alguien. No me encadenó a nadie. La vida está hecha para vivir y para follar, decía Darío. Un amigo me decía que las personas ya no se casan a menos que se ganen la lotería. Otro amigo me decía que guarde el dinero que las esposas solo vienen a embargarte. Un vecino me dijo alguna vez: el matrimonio es una empresa devaluada, humillada, arruinada. Una empresa en quiebra.

Irene invitó a bailar a *la hippie* pero ella le dijo que no. Insistió pero ella volvió a decir que no. Irene se sintió humillada, vejada, menospre-

ciada. Ella estaba acostumbrada que las mujeres y los hombres siempre le dijeran que sí a todo. Pero ahora se dio con una piedra en los dientes. *La hippie* estudiaba arte en una universidad de la ciudad. Estaba enamorada de un profesor. Él era un pintor que tenía fama de seductor. Por eso *la hippie* nunca había intentado nada con él.

Darío seguía saliendo y teniendo sexo con *la taxi*. Pero como nunca tenían sexo anal, se sentía poco complacido. Darío buscaba putas en las calles, les pagaba mal pero con ellas tenía todo el sexo anal que deseaba. Darío era fanático del sexo anal. A veces él mismo se preguntaba por qué (¿tal vez los recuerdos con Manuel?). Manuel y Juan tenían sexo en lugares públicos. Lo hacían en cines, en baños de restaurantes, en el aeropuerto, en los parques, en los estacionamientos, de los malls, donde el deseo indicara.

Lo hacían en todo lugar y a toda hora. Eran expertos en disimular el coito. Las personas pasaban cerca de ellos y no se percataban de nada. Por la vida de Manuel pasaron muchos hombres. A todos los deseaba por igual, pero siempre regresaba a Juan. Aunque pasaran semanas o días sin verlo. Darío se declaró *mujeriego profesional* y siguió con la cacería, sin que se enterara *la taxi*. Irene seguía tras las huellas de *la hippie* pero a ella solo le interesaba una conversación, drogas, alcohol y una buena verga. Manuel y Juan seguían

teniendo sexo en todo lugar público. Hasta que un día, el guardia de seguridad de un cine los pilló *in fraganti* y tuvieron que huir con los pantalones casi en las rodillas. El 69 era el acto sexual favorito de Manuel y Juan. Manuel sigue y estoy seguro de que seguirá siendo un tiro al aire. Juan cumplía el rol de hombre responsable pero lo que nadie sabía es que estaba casado y tenía un par de chavales.

Mi vida sexual está poco activa. María se hace la difícil. Parece que la monotonía diaria nos está comiendo en carne viva. Ayer María me habló de matrimonio, yo no supe qué decirle. Solo escuchaba por un oído y botaba por el otro. Los chavales de Juan no se imaginan ni se imaginarán que su viril padre es un homosexual y que sale con un chico como Manuel. Y menos que Juan a veces también se disfraza de mujer.

Manuel vivía el día a día. Salía de su trabajo mediocre y se iba a casa de sus amantes a copiar las películas porno. El negocio seguía dando frutos. Irene seguía tras las huellas de *la hippie* pero ella no le prestaba atención. Irene cansada de esperar a *la hippie* tuvo un romance con un joven de su edad. Se comprometieron como novios. El chico de Irene follaba bien, según palabras de Irene, pero como novio dejaba mucho que desear.

Darío seguía con su cacería, sin que se entere *la taxi*. Hasta que un día cuando le hacían sexo oral, sintió un dolor fuerte en el testículo izquierdo.

Darío se hizo chequear con algunos médicos. Al parecer una vena se le había tapado. O tenía algún tipo de infección en las vías urinarias. Darío tenía miedo que lo suyo fuera un cáncer a los testículos. Aunque dicen que el cáncer a los testículos es indoloro. A pesar de esto su sexualidad bajó notablemente. No hay nada más anti-sexual que tener cáncer, decía Darío. Regresó con *la taxi*.

Manuel seguía siendo un tiro al aire. Salía todos los fines de semana a bailar como una loca disparada a una discoteca de ambiente, como él la llama. En las discotecas gays, Manuel se sentía el rey del circo.

Juan a veces lo acompañaba a bailar a las discotecas gays. Pero extrañamente él se sentía como muy viejo para esos ambientes. Él se quedaba afuera esperándolo. Manuel se teñía el cabello de varios colores. En los baños tenía sexo con el primer guapo que se le atravesase. Aunque a veces se volvía selectivo y escogía con pinzas a su nueva conquista de la noche. Después de las visitas a la discoteca, Manuel y Juan se encerraban horas y horas a tener sexo en todo lugar: cama, baño, comedor, cocina...donde el placer llamara. Manuel le hacía sexo oral a Juan y viceversa. Y después seguían con todas las posiciones de las películas pornos o se las inventaban. A Manuel se le ocurrió una excelente idea y se lo comentó a Juan, pero a él no le pareció tan buena idea. La idea de Manuel

era escribir un manual, ponerle imágenes y venderlo a una editorial o venderlo por su lado. El manual consistía en enseñar a los jóvenes y a las vírgenes todas las artes de la masturbación. Juan encontraba poco discreta y escandalosa esta idea de Manuel pero al final le dijo que lo apoyaría. El manual se llamaría *Manual para pervertidos*. El manual iba a tener varias secciones. Desde el sexo oral, anal y clásico. Hasta el arte de la masturbación. Manuel decía que la masturbación era un arte que se aprendía con los años y con la práctica. Y viendo muchas películas porno y leyendo mucho. El pene de cada hombre es distinto y tiene muchas formas para excitarlo. Así que la masturbación no es llegar y hacerlo. La masturbación es un ARTE, decía Manuel, en mayúsculas.

A los pocos días Manuel se puso a escribir su manual. Y a llenarlo de imágenes bajadas de internet o de distintos libros de anatomía. A Manuel se lo veía entusiasmado con la idea. Era la primera vez que se lo veía feliz o por lo menos motivado realmente por algo. Mientras seguía escribiendo y poniéndole imágenes a su manual y seguía teniendo sexo con Juan. Manuel veía cada vez menos a sus otros amantes, de algún modo había encontrado una estabilidad con Juan. Juan seguía teniendo sexo con su Manuel. Pero en su casa junto a sus dos chavales, mantenía el papel de padre perfecto. En esa casa nadie sospechaba la otra vida de Juan.

Darío seguía haciéndose chequeos con varios urólogos. Al parecer lo suyo era varicocele y no el cáncer que él pensaba. Darío mantenía muy poco sexo con *la taxi* pero se dio cuenta de que esa mujer lo llenaba y que era un verdadero apoyo en su vida.

A Irene le fue mal en su relación con su nuevo novio. Aunque seguía follando bien, ella sabía que su relación amorosa era inestable y muy pasajera. Irene seguía extrañando a *la hippie* pero ella nunca volvió a aparecer en su vida. Yo por mi parte, me casé con mi María y tuvimos dos chavales. Y fuimos felices. O casi.

Ahora Manuel vende su *Manual para pervertidos* como pan caliente. El éxito por primera vez en sus pocos años le sonreía. Muchas personas compran el manual y lo ponen en práctica. Manuel y Juan siguen juntos (nadie sabe por cuánto tiempo) pero están felices juntos y eso es lo único que les importa. Por ahora.

La piscina

Estoy seguro de que es lo mejor que he escrito.
Tal vez pienso así porque lo escribí con la certeza
de que por primera vez había logrado percibir
lo que realmente se veía del otro lado de la ventana.

Ricardo Piglia

Imaginemos una piscina. Amplia, grande, ancha, hermosa. Las medidas pueden ser del tamaño que nuestros ojos quieran. Digamos una extensión de setenta metros de largo por treinta metros de ancho. Ahora imaginemos que el agua de la piscina está al límite. A ratos el agua salta sus fronteras y moja los pies de los visitantes, pero eso es otra historia.

Sigamos imaginando la piscina. El agua está limpia o casi limpia. Un señor llamado Manuel, de unos sesenta y seis años, la limpia cada lunes y viernes. El agua se ve bastante clara y no creo que esté sucia. El problema es el viento que pasa y hace que varias hojas de colores se bañen antes del invierno.

Imaginemos que la piscina está dentro de una residencial donde hay unos seis departamentos. Los departamentos son medianamente pequeños.

Algunos tienen dos o tres dormitorios. Una sala comedor. Dos baños, uno en el cuarto principal y otro en la sala que se supone que es para las visitas.

Ahora imaginemos que en cada departamento vive una familia. Una de las familias tiene una pequeña mascota que es un perro, la raza del perro queda a elección de cada uno. La familia tiene el animal a pesar de que en la residencial se tiene prohibido los animales. En estos seis departamentos como ya hemos dicho viven seis familias. Imaginemos que cada familia está compuesta de unas cuatro personas. Por ejemplo:

El hombre, la mujer, los dos niños. El hombre, la mujer, la mamá de la mujer, la hermana de la mujer. La mujer, el novio de la mujer, el hijo de la mujer, la mujer que hace las labores domésticas. Si decimos que unas cuatro personas viven en cada departamento, eso quiere decir que aproximadamente viven unas veinticuatro personas y un perro en los seis departamentos de la residencial.

Ahora imaginemos que estas veinticuatro personas y un perro llevan vidas cotidianas, comunes, normales: trabajan, estudian, no trabajan, no estudian, viajan por el país de vacaciones o por asuntos de trabajo. Unos ya son jubilados y solo viven de la pensión o del cheque que debería llegarles cada fin de mes, aunque algunas veces los cheques se retrasan. Seguramente esos cheques

son los menos importantes para la empresa o compañía y por eso siempre se van en último lugar.

Las veinticuatro personas y un perro siguen sus vidas cotidianas. De estas personas pocas se bañan en la piscina pero todos deben pagar los gastos comunes y a su vez los gastos de mantenimiento de la residencial que por supuesto incluye la limpieza y mantención de la piscina. Dinero que cada fin de mes es depositado en la cuenta bancaria de Manuel y que él gasta en sus asuntos personales y familiares.

Son pocas las personas que se bañan en la piscina. Todo depende de la época del año. Si es otoño el número de usuarios de la piscina es de tres personas, si es invierno baja a dos, si es primavera sube a unas cinco personas. Pero si es verano con ese sol ardiente y abusivo aumenta a ocho personas por semana.

No llamemos a las familias por sus apellidos para no crear enredos de parentescos, ni de personas. Llamémoslos por el número de su departamento:

La familia del departamento 1 proviene de un país caribeño, no tenemos certeza del país, pero por el acento se concluye que vienen de Centroamérica. Viajan mucho por el país, es difícil encontrarlos en casa. Cuando están en la ciudad se dedican a pasear por la ciudad. Es una familia muy agradable y cálida.

La familia del departamento 2 está formada por dos personas de la tercera edad, jubilados, salen poco de su domicilio, se limitan a estar sentados en el balcón mirando el sol caer. Con ellos vive una enfermera y una mujer que realiza labores domésticas.

La familia del departamento 3 es la clásica familia, el hombre de la casa trabaja en una empresa constructora, la mujer pasa todo el día leyendo novelas, mientras sus dos hijas se van a estudiar en el colegio de la zona.

La familia del departamento 4 es una familia que vive llena de conflictos y problemas personales. El hombre de la casa no trabaja, bebe alcohol todo el tiempo y ella sale con otro hombre. Tienen dos hijos pequeños que no estudian.

La familia del departamento 5 está compuesta por un hombre trabajador, una mujer trabajadora, la mamá de la mujer que ya no trabaja por la edad y la hermana de la mujer que no trabaja.

La familia del departamento 6 está formada por una mujer que no trabaja, el novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas, el hijo de la mujer que estudia en el colegio de la zona, la mujer que hace las labores domésticas y el perro.

Sigamos imaginando la piscina. La piscina queda exactamente en el centro de la residencial. Quienes desean entrar o pasar de un departamento a otro, tienen que obligatoriamente cruzar alrede-

dor de la piscina. Cada familia de los seis departamentos vive su propio mundo. Por ejemplo:

Los del departamento 1 casi nunca pasan en la residencial solo para recoger y dejar ropa. Pagar los gastos comunes. Para ver un asunto pendiente en la ciudad. Los hijos de la familia estudian con profesores particulares muy bien escogidos para seguir las costumbres, la cultura, la religión que ellos profesan.

Los jubilados del departamento 2 se despiertan temprano, desayunan ligeramente, leen el diario, sobre todo la parte de *los obituarios*, siempre quieren enterarse de la muerte de sus amigos cercanos o conocidos.

La enfermera que también duerme allí le gusta mucho hablar por teléfono con amigas que la tienen al día con los chismes. La mujer que realiza las labores domésticas nunca habla y solo se la pasa limpiando, barriendo o lavando los calzones sucios de los jubilados de la casa.

La familia del departamento 3 sigue siendo la clásica familia, el hombre nunca pasa en la casa ya que trabaja en una empresa constructora que lo mantiene ocupado todo el día y gran parte de la noche, pero trae el dinero a casa. La mujer sigue pasando sola todo el día leyendo novelas, mientras sus dos hijas asisten a estudiar en el colegio de la zona. Son buenas alumnas. Sus padres las complacen en todos sus caprichos.

Los del departamento 4 siguen siendo una familia que vive llena de conflictos y problemas. El hombre de la casa no trabaja ni piensa trabajar, bebe alcohol todo el tiempo y ella sigue saliendo con otro hombre. Los dos hijos pequeños siguen sin estudiar.

La familia del departamento 5 sigue con su vida laboral: el hombre trabaja, la mujer trabaja, la mamá de la mujer que ya no trabaja que se la pasa cocinando o haciendo el aseo y la hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia.

En el departamento 6 sigue viviendo la mujer que no trabaja, el novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas, el hijo de la mujer que estudia en el colegio de la zona, la mujer que hace las labores domésticas y el perro que ladra todo el día.

Los círculos íntimos y sociales de cada familia siguen su curso normal y cotidiano. Por el momento no hay grandes cambios ni sucesos anormales dentro del núcleo de cada familia de los seis departamentos de la residencial. Sigamos.

Ahora imaginemos que alguien llama por teléfono. Suena ring ring ring pero nadie contesta la llamada. Deja de sonar por unos minutos. Ahora nuevamente vuelve a sonar el teléfono ring ring ring, del otro lado se escucha una voz que menciona un nombre de mujer. La voz que contestó dice:

–Aló, ¿sí?

–Señora, ¿conoce a un hombre que se llama de esta forma?

–Sí, es mi marido, ¿pasa algo malo?

–Está borracho haciendo escándalo en la calle.

–¿Y cómo supo su nombre?

–Por su cédula de identidad.

Del otro lado del teléfono ahora suena ocupado. La voz que llamó por teléfono dice aló aló aló. Nadie contesta. Llama otra vez pero el teléfono suena ocupado. Llama varias veces pero sigue sonando igual. La mujer se viste lentamente y se marcha de la casa.

Los centroamericanos llegaron del extranjero. Al entrar a su departamento 1 encontraron la chapa dañada. El hombre de la familia la revisó cuidadosamente con la lentitud de los cirujanos. Abrió la puerta y dijo en voz baja: nos han robado. Raramente faltaban algunas cosas, pero al parecer no había sido un robo consumado. Podríamos llamarlo un robo a medias. Faltaban papeles, documentos personales, fotos, algunos objetos de valor, pero seguían allí los electrodomésticos, los relojes de pared y hasta el dinero escondido.

El hombre de la casa llamó a la policía. La policía tardó en llegar. Hicieron las inspecciones del caso y se marcharon. Los centroamericanos llamaron a un cerrajero. Esa noche durmieron con la luz encendida.

La mujer jubilada siente un pequeño dolor en el pecho. El hombre jubilado no le presta mayor atención, le dice que no moleste y que lo deje dormir. La mujer jubilada insiste. El hombre sigue durmiendo. La enfermera tiene día libre. La mujer que hace las labores domésticas que nunca habla duerme como una roca. La mujer jubilada insiste.

La mujer que no trabaja del departamento 6 hace el amor con su novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas. Hacen escándalo. El hijo y el perro duermen. La mujer que hace las labores domésticas de la casa no duerme y tiene la oreja pegada detrás de la puerta. Está escuchando todo. La mujer que no trabaja grita y vuelve a gritar. La mujer que hace las labores domésticas imagina. La mujer que no trabaja y su novio que sí pero eventualmente en cosas de ventas llegan al cielo.

La mujer que hace las labores domésticas que imagina, se inunda. Sus pupilas se pierden en la oscuridad y suelta un gritito.

La mujer que sigue pasando sola todo el día leyendo novelas, se siente aburrída, no sabe qué más hacer en su tiempo libre. Ahora ha decidido escribir. Quiere ser escritora. Empezará a escribir historias cercanas a ella, historias que conozca, algún recuerdo, alguna historia jamás contada, piensa ella.

Su memoria regresará a su infancia, a su pasado y de ahí elegirá modelos y secuencias lógi-

cas que se convertirán en las nuevas novelas que escribirá. Pero está sola frente a la hoja en blanco y no sabe qué escribir. Se siente desorientada y más sola que nunca.

La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia, ha conocido a un chico simpático por internet. *Chatea* todo el día con él. El chico nació en América pero vive en Europa. Al parecer trabaja en varias labores.

La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero que estudia idiomas a distancia y su nuevo amor virtual se envían fotos, flores y cartas de amor por la *web*. Ella lo anima a que la venga a visitar, el chico dice que lo pensará. Ella está muy feliz, al parecer encontró al chico de sus sueños. El chico piensa lo mismo de ella.

La mujer fue a ver a un señor mayor que tiene como amante en las calles del centro de la ciudad. El amante es un hombre que vive solo ya que su exmujer se marchó con su único hijo a otro país. Trabaja en compras y ventas de repuestos para autos. La mujer que se vistió lentamente, se marchó de la casa y finalmente no fue a ver a su marido alcohólico toca el timbre del hogar de su amante. El hombre abre la puerta, la recibe con un abrazo y un beso en los labios. Ella sonrío. La invita a pasar. La vuelve a besar, ella vuelve a sonreír. Se sientan en la sala del hogar. Conversan un rato. Él la vuelve a besar, y ella ahora no sonrío, pero se la ve alegre.

Los centroamericanos que durmieron con la luz encendida no quieren seguir de esa forma. Volvieron a llamar a un cerrajero para comprobar que la puerta estaba bien cerrada por dentro y por fuera. Decidieron comprar un par de candados y un sistema eléctrico de seguridad. El hombre de la familia le pasa unos billetes al cerrajero y lo despide en la puerta. Ahora se siente más tranquilo. Ya sabe de memoria el número telefónico de la policía por alguna emergencia. Cena con su familia. Ahora sí duermen con la luz apagada.

La mujer jubilada insiste con el dolor en el pecho que ya no es tan pequeño. Del dolor cae al piso. La enfermera abre la puerta principal de la casa y ve a la mujer jubilada en el suelo. Llama por teléfono a la ambulancia. La ambulancia no tarda en llegar. La mujer jubilada con el dolor en el pecho es llevada al hospital de la zona. Es trasladada a emergencia. Un médico pide que se la opere del corazón de inmediato. Pero deben esperar la aprobación de la familia o de las personas más cercanas a la paciente. Un médico habla con el hombre jubilado. El hombre jubilado escucha todo muy callado y no responde nada. Solo asiente con la cabeza y firma la hoja que dice que el hospital no asume ninguna responsabilidad si la paciente no responde favorablemente a la operación. Los médicos deciden operarla esa misma noche.

La mujer que no trabaja y su novio que sí pero eventualmente en cosas de ventas llegaron al cielo varias veces. La mujer que hace las labores domésticas que imagina también pero sin querer bota un vaso al piso.

La mujer que no trabaja y su novio que sí pero eventualmente en cosas de ventas se detienen. El novio se pone la camiseta, el pantalón, se asoma por la puerta, pisa los vidrios del piso y suelta un grito de dolor. No hay rastros de la mujer que hace las labores domésticas.

La mujer que sigue pasando sola todo el día leyendo novelas y que ahora está dispuesta a ser escritora sigue frente a la hoja en blanco y no sabe qué escribir.

Sigue desorientada y más sola que nunca. Se anima a escribir algunas ideas, oraciones inconexas, nombres que salen de su memoria como pequeños silbidos del más allá. Ahora empieza a mirar la piscina por la ventana, se relaja un poco y decide irse a bañar a pesar de que hace un poco de frío. El agua de la piscina estaba más fría de lo que se imaginaba pero igual se da un chapuzón. Nada un poco. Se sumerge y juega un rato a dar círculos en el agua. Su mente ahora está en blanco.

La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia y que ha conocido a un chico simpático por internet, sigue *chateando* con él. El chico ha decidido ir a visitarla a su país.

Pero no le quiere decir nada, será una sorpresa. Lo que ella no sabe es que él no es tan atractivo como se lo imagina por las fotos. Ha engordado y sufre de una extraña enfermedad en la piel. Pero aún así el chico ha decidido ir a visitarla y enfrentarse a la realidad. Tal vez ella lo acepte o lo rechace. Eso él no lo sabe pero correrá el riesgo, realmente ya no le importa. Solo quiere decirle lo que siente y estar con ella.

La mujer que se vistió lentamente, se marchó de la casa y que finalmente no fue a ver a su marido alcohólico sigue sentada en la sala del hogar de su amante. Conversan. Él ahora no deja de besarla y ella le responde los besos. El tiempo se va entre el pequeño espacio de los cuerpos que se besan. El amante la acaricia muy suavemente la espalda. Ella hace como si no pasara nada. Él la sigue acariciando. Ella hace como si no pasara nada. Él con la mano izquierda le acaricia el cabello, ahora a ella se la ve un poco intranquila, no sabe si es por culpa de la conciencia que como un vampiro le muerde el alma. Un *flash* muy rápido pasa por su mente, es la imagen de su marido. Está ebrio tirado en un bar o en un parque. Piensa que a pesar de que la maltrata, de que no trabaja y que bebe ron todo el tiempo, muy en el fondo de ella todavía hay un leve e inmejorable amor, o digamos cariño hacia ese ser despreciable. Ahora pasa otro *flash* muy rápido por su mente con la imagen otra vez de su

marido, pero cuando él y ella eran jóvenes, cuando se conocieron, cuando él no bebía, trabajaba y era un gran proyecto de marido. Cuando era un hombre educado, elegante, con buenos modales, que sobre todo la acompañaba y que la aconsejaba. Cuando la quería sobre todas las cosas en esta tierra, según decía él, y ella por supuesto que le creía. Cuando estaban enamorados profundamente.

La mano derecha de su amante está como dormida. La mano izquierda del amante sigue acariciando el cabello. Ella está inmóvil, sin emociones, como si el amante acariciara otro cuerpo lejano, otro cuerpo que no fuera de ella. Su mente está en otra parte. Se siente sola, extraña, confusa. El amante ahora la ha desnudado por completo y la empuja. El cuerpo de ella cae hacia atrás. Ese cuerpo no es de ella, está segura de eso. Su mente sigue en otra parte.

Los centroamericanos que ahora duermen con la luz apagada, siguen con un extraño miedo. El hombre de la familia siente en el aire denso de la noche que algo turbio pasa allá afuera. Algo que no sabe qué es, pero que seguramente no debe ser nada bueno. Cenando con su familia ha decidido entregar el departamento 1. Le ha comentado esa decisión al resto de la familia. Ellos han asentido con la cabeza y apoyan la idea. Se sienten intranquilos, no saben en qué momento irse de ahí. El aire sigue estando denso. Ya comenzaron a empa-

car las cosas más importantes. Por ahora vivirán en un hotel del centro de la ciudad.

Los médicos todavía operan a la mujer jubilada. El hombre jubilado, la enfermera y la mujer que hace las labores domésticas dormitan en la sala de espera. Hay pocas personas caminando por los corredores. Solo se escucha un televisor encendido que da las noticias del fútbol internacional: Barcelona F. C. 2-Real Madrid 0. El clásico del fútbol español. Frente al televisor hay un hombre de baja estatura que duerme apoyado en una silla. Al parecer trabaja en el hospital y se dedica a labores de aseo. A las horas sale de emergencia un doctor con la frente sudada y con los guantes de operar con ligeras manchas de sangre, tenía que darles la mala noticia: la mujer jubilada había muerto en el quirófano. Al parecer no aguantó la operación a corazón abierto. No ayudaron los años avanzados de la paciente y una obstrucción de grasa en una de las venas principales que conecta al corazón con el resto del cuerpo, perjudicó el curso normal de la operación. El doctor le dio la mala noticia al hombre jubilado. El hombre jubilado no dijo nada. Su rostro estuvo parco y silencioso. La enfermera lloró desconsoladamente. La mujer que hace las labores domésticas tampoco dijo nada. El doctor se marchó de ese lugar. El hombre jubilado, la enfermera y la mujer que hace las labores domésticas se quedaron allí hasta el amanecer. El hombre jubila-

do firmó algunos trámites en el hospital y cuando salió el sol se dirigió a la funeraria más cercana. La enfermera y la mujer que hace las labores domésticas se fueron directamente al departamento 2 de la residencial, a cambiarse de ropa y recoger algunos documentos de la mujer jubilada.

El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas se quita los vidrios de los pies. El más afectado fue el pie izquierdo. La mujer que no trabaja viene a verlo pero con zapatillas. Ayuda a su novio a extraerle los vidrios de los pies mientras grita el nombre de la mujer que hace las labores domésticas. Ella responde el llamado, se sorprende al ver la sangre y de ver herido al novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas. Limpia los vidrios y les dice que el niño duerme profundamente como un bebé. La mujer que no trabaja la recrimina y le dice que tenga más cuidado con los vasos y que esto puede ocasionar una real desgracia. La mujer que hace las labores domésticas asiente con la cabeza y se marcha a su cuarto. La mujer que no trabaja y el novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas regresan al dormitorio principal. Ahora duermen.

La mujer que sigue pasando sola todo el día leyendo novelas ya salió de la piscina y se dirige a su departamento 3. Vuelve a sentarse cerca de la ventana que da a la piscina enfrente del escritorio y saca más hojas. Está decidida a escribir. Enciende

una lámpara que da directamente al escritorio y se queda pensando inmóvil frente a las hojas vacías. Su mente voló a su infancia. Por un momento volvió a ser una niña de unos seis años. Las imágenes pasaban como estrellas fugaces por su mente. Recordaba juguetes, los ojos de los niños y niñas de su vecindario, sus juegos, la escuela. Sus padres en esa época, sus profesores, sus primeros dibujos. Recordaba que a todos les decía que de grande quería ser dibujante o astronauta. Los mayores le decían que dibujante sí, pero astronauta no porque eso era cosa de chicos. No entendía el mensaje y volvía a decir que quería ser dibujante o astronauta, varias veces. Hasta que un sonido en la calle la volvió a la realidad. La mujer que sigue pasando sola todo el día leyendo novelas tomó un libro que estaba en el estante y leyó algunos versos del chileno Jorge Teillier que le sonaron casi familiares:

*Los niños juegan en sillas diminutas,
los grandes no tienen nada con qué jugar.*

Esos dos versos resonaron en toda su mente y encendieron su corazón. Ella pensaba que era raro que unos versos la pusieran muy sensible, ya que no creía mucho en los poemas —y por eso mismo nunca leía poesía— y solo se limitaba a las novelas. La mujer que sigue pasando sola todo el día leyendo novelas escribió su primera frase en la hoja vacía.

La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia y que ha conocido a un chico simpático por internet, sigue *chateando* con él. Pero ahora se escriben con menos frecuencia. Ella siempre escribe pero a ratos él se desconecta del *chat*. No sabe qué pasa e insiste varias veces. Del otro lado sale como si el destinatario estuviera ausente o desconectado. El chico decidió ir a visitarla a su ciudad. Será una verdadera sorpresa. Suena el timbre de la puerta del departamento 5. La mamá de la mujer que no trabaja abre la puerta. Del otro lado de la puerta está el chico que ha engordado y sufre de una extraña enfermedad en la piel. La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia salió por la puerta y lo miró fijamente. No lo reconoció. El chico que ha engordado y sufre de una extraña enfermedad en la piel le dijo que era él con quien chateaba, se escribía, se enviaba fotos, cartas y flores virtuales. Ella pensó que era una broma y solo se limitaba a observarlo. El chico siguió hablando hasta convencerla de que él era él. Ella mostró una lenta alegría, le dio un abrazo y lo invitó a pasar. El chico entró. Ella siguió pensando que todo era una broma pesada de algún amigo o conocido que conocía su historia de amor cibernético.

El amante encendió un cigarrillo. La mujer que se vistió lentamente, se marchó de la casa y fue a ver al amante, sigue inmóvil y sin emociones.

Su mente sigue en otra parte. Al rato ella vuelve en sí misma y le dice a su amante que tiene que irse porque en cualquier momento iba a llegar su marido ebrio a la casa. El amante con cierto desgano le dice que no se preocupe y que se marche. La mujer que se vistió lentamente, se marchó de la casa y que fue a ver a su amante regresó a su hogar. No había nadie. Al rato llegó el marido ebrio y al verla la insultó, le pegó un par de golpes en el rostro y la agarró del pelo. Le gritó puta, puta, puta. Ella le dijo que era un miserable ebrio y que por qué le hacía daño de esa forma. Él le volvió a gritar puta, puta, puta y le dijo que ya sabía todo sobre sus salidas nocturnas, su amante y que apenas esté sobrio irá a matar al maldito que está con ella. La mujer que se vistió lentamente, se marchó de la casa y que anteriormente fue a ver a su amante, ahora llora desconsoladamente.

Los centroamericanos ya se marcharon del departamento número 1 y viven en el hotel del centro de la ciudad. Ese departamento está vacío por ahora. Pronto llegarán nuevos inquilinos.

El hombre jubilado camino a la funeraria cruzó por algunas calles y se sentó en un parque de la zona. No podía creer lo sucedido y sentía un gran cargo de conciencia. Si hubiera actuado antes y hubiera prestado más atención a la mujer jubilada tal vez estaría viva. Me llamó, me dijo que le dolía el pecho, me insistió pero mi sueño fue más pesa-

do, se recriminaba. El hombre jubilado lloró por un largo rato, solo, frente a unos niños que por ahí saltaban con una cuerda y una pelota de plástico.

Esa mañana, la mujer que no trabaja salió a hacer las compras de la semana. El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas se quedó durmiendo. La mujer que hace las labores domésticas entró al dormitorio para hacer la limpieza y encontró al el novio dormido en la cama. La mujer que hace las labores domésticas se acercó a olerlo. Introduce su nariz en su cabello. En su mente pasan algunas imágenes. Con su mano derecha lo acaricia muy suavemente. El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas sigue durmiendo. Así pasan algunos minutos. El novio sueña en ese instante con imágenes difusas y lejanas mientras ella, la mujer que hace las labores domésticas, sigue acariciando su pelo y su espalda. Ahora su mano derecha baja más. Su mano sigue su marcha y alcanza su meta final.

El novio se mueve un par de veces y abre los ojos todavía cegados y ve tinieblas por la oscuridad del dormitorio y por el sueño, pero la divisa y dice:

- Mujer, ¿qué estás haciendo?
- ¿Te gusta?

El novio se quedó pensativo y no respondió. La mujer seguía en lo suyo. Le dice ahora en voz

más baja: estás loca. Y la jala de un solo golpe. Ella está enloquecida. Saben que en cualquier momento podría llegar la mujer que no trabaja y explotaría la tercera guerra mundial.

La mujer que se la pasa sola todo el día leyendo novelas ya escribió varias frases. Algunos párrafos imperfectos. Algunos bocetos de personajes todavía mal configurados. Mal elaborados. Pocos creíbles e inverosímiles. Pero ya tiene muy clara su decisión: ser una verdadera escritora. Y para poder lograr esa meta piensa escribir y publicar una novela corta que todavía no tiene nombre. La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia está dentro de su departamento con el chico que conoció por internet. Todavía sigue creyendo que todo es una mentira. Primero porque él haya venido de tan lejos, de improviso, sin decirle nada y esté ahí enfrente de ella. Segundo porque el chico había cambiado bastante físicamente, era mucho más gordo que en las fotos y tenía una rara enfermedad en la piel que lo hacía parecer otra persona. Ella pensaba esto y otras cosas mientras trataba de hacer conversación con el chico que le hablaba de lo hermosa que era la ciudad, el país, ella en persona, que el viaje del avión estuvo lleno de turbulencias y que se movió mucho todo el trayecto. Ella seguía estando ahí pero a ratos su mente no. Se dio cuenta que se había enamorado de una imagen irreal, que todo lo

que se imaginó era solo pura fantasía y nada más. El chico que estaba sentado enfrente de ella que hablaba y hablaba no era el chico de sus sueños; era un farsante, un impostor, un roba corazones salido de esa trampa que es el internet y sus *chat* para personas solitarias y sin amigos.

La mujer que se vistió lentamente, se marchó de la casa y que anteriormente fue a ver a su amante, ahora duerme. Lloró durante horas que parecieron varios años. El marido ebrio ya sabía dónde vivía el amante de su esposa. Aprovechó que ella dormía para vestirse rápidamente, encender el auto e ir a buscar al maldito. Le costó llegar —tal vez no quería llegar y hacía tiempo dando vueltas— pero llegó a la casa del amante que estaba en pleno centro de la ciudad y tocó el timbre. Abrió la puerta un señor algo mayor de edad. El marido ebrio —que por esta ocasión no estaba tan ebrio como es costumbre— preguntó si él era él. El señor algo mayor respondió que sí, que él era él. Lo primero que pensó fue en lo mayor que era el hombre. No podía creer que su mujer le fuera infiel con un hombre tan mayor, si perfectamente podría ser su padre. El marido ebrio dijo:

—Te estaba buscando.

—¿Quién eres tú?

—El marido de la mujer de quien estás enamorado.

- Pensé que ya estaban distanciados.
- Pues no.
- Pasa, eres bienvenido.

El marido ebrio entró por la puerta principal del pequeño departamento y se sentó. El señor mayor le preguntó si quería algo de beber. El marido ebrio dijo que sí. El señor mayor volvió con dos vasos de whisky. No pasaron ni cinco minutos y el amante ebrio se abalanzó encima del hombre mayor y lo agarró del cuello. Lo ahorcaba violentamente. El hombre mayor trataba de poner resistencia, pero el hombre ebrio que evidentemente era más joven y con mejor estado físico, lo superaba. El hombre mayor gritó varias veces pidiendo auxilio. Nadie lo oyó. El hombre ebrio lo ahorcó de una forma animal. Se tomó rápidamente los dos vasos y de paso se llevó la botella de whisky que estaba en la mesa y huyó. El cuerpo sin vida del hombre mayor quedó boca arriba. El asesinato del hombre mayor salió en todos los diarios de esa semana, en la sección crónica roja. Se especulaba que podían ser varios los posibles asesinos. La policía estaba detrás de las huellas de los sospechosos.

Los centroamericanos se regresaron a su país natal. Se cansaron de seguir dando vueltas o de sus vidas nómadas de ciudad en ciudad, de país en país.

Llegaron nuevos inquilinos al departamento número 1. En esta ocasión era una pareja de recién

casados. Eran jóvenes. Con ellos se mudaron la mejor amiga de la pareja y su novio. La pareja llevaba casada algo así como seis meses. Él trabajaba en un banco, ella estaba esperando su primer hijo. La mejor amiga de la pareja estudiaba periodismo en las noches y el novio era profesor en un colegio estatal. Se reunían todos a cenar y a ver películas de moda. Iban al cine o a bailar a alguna discoteca de la zona o del centro de la ciudad. Fumaban marihuana y de vez en cuando viajaban a la playa.

El funeral de la mujer jubilada fue discreto y asistieron pocas personas. El hombre jubilado lloró casi todo el tiempo en el velatorio. La enfermera y la mujer que hace las labores domésticas recibían a los escasos visitantes, hasta que de a poco se marcharon todos. El hombre jubilado se quedó solo frente al ataúd de la mujer jubilada, le dijo algunas palabras íntimas, afectivas y cerró el ataúd. Por un momento recordó a los niños que saltaban con una cuerda y una pelota de plástico en el parque y volvió a llorar.

El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas y la mujer que hace las labores domésticas terminaron, para su suerte la mujer que no trabaja tardó en llegar. No explotó la tercera guerra mundial.

La mujer que no trabaja llegó con las compras del supermercado, venía con varias bolsas plásticas. La mujer que hace las labores domésticas sacaba

los alimentos del interior de las bolsas plásticas con total tranquilidad, como si no hubiera pasado nada en ese departamento en la ausencia de la mujer que no trabaja. El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas la esperaba recién bañado, acostado en la cama viendo las noticias en el televisor. La mujer que no trabaja se sentó a su lado y también se puso a ver las noticias en el televisor. Pasaron algunos minutos y ella se quedó dormida a su lado. El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas la tapó con una sábana y se quedó mirándola fijamente cómo dormía.

La mujer que se la pasa sola todo el día leyendo novelas ya sabía el nombre de su primera novela: *La piscina*. Ya tenía algunos capítulos. Se encerró a leer novelas y algo de buena poesía. Y siguió escribiendo largas horas por largas semanas.

La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia seguía pensando que el chico que estaba enfrente de ella, era un farsante, un impostor, un roba corazones salido de internet. Hablaron de sus vidas laborales, de su pasado, de viejos amores, de sus familias, de sus amigos. Sobre sus gustos personales, música, cine, literatura, deportes, sueños, proyectos futuros. Como es normal algunos coincidían, otros no tanto. La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia de a poco sintió algunas buenas conexiones y vibras posi-

vas de parte del chico que alguna vez conoció en internet. Pensaba que el chico que estaba enfrente de ella, no era tan farsante, tan impostor, tan roba corazones. Tenía una gracia y una inteligencia natural que le llamaba la atención. Nunca le gustaron físicamente los gordos y menos las personas que no cuidan su aspecto físico, sobre todo por la extraña enfermedad que tenía en la piel. Pero aún así tenía deseos de experimentar, de jugársela, de apostar a ganador con esta nueva ilusión; pensaba que si él viene de tan lejos solo a verla, después de todo no puede ser tan mala persona y farsante. Tenía ganas de conocerlo más, de profundizar en la relación afectiva que de a poco nacía. Le hubiera gustado tener una bola mágica para saber qué le deparaba el futuro; una relación con un chico como el que tenía al frente, simpático, inteligente, con sobrepeso y con una extraña enfermedad que tenía en la piel. Todo era cuestión de tiempo.

El caso del asesinato del hombre mayor se hizo muy conocido en los medios de comunicación y en la crónica roja local e internacional. Los lectores sensacionalistas exigían a la policía que encuentre al asesino. El jefe máximo de la policía salió a callar a los habladores, periodistas, a los escépticos y dijo que hallarían al asesino de este bochornoso caso que ponía en riesgo la seguridad y la imagen pacífica que siempre había tenido la ciudad. Pasaron las semanas y la policía entró

a la fuerza en la casa de la mujer que se había vestido lentamente, se marchó de la casa y que finalmente no fue a ver a su marido en aquella ocasión. La policía la llenó de preguntas complejas y perturbadoras.

La mujer dijo que no conocía al asesino del hombre mayor. La policía fue más severa y aseguró tener pruebas que la implicaban en el asesinato, según ellos, había testigos que decían haberla visto varias veces con el señor mayor, es más afirmaban que era su amante, dijo en voz baja un policía que se encontraba expectante y silencioso buscando pistas en el departamento. Ella dijo que sí, que fueron amigos íntimos, muy cercanos, pero que ella no tenía nada que ver con el asesinato y que no tenía idea de quién pudo matarlo. Afirmaba desconocer si el hombre mayor tenía enemigos o personas que le desearan algún tipo de mal. La policía seguía con las preguntas y a ratos intensificaban sus cuestionamientos. Ella se puso a llorar desconsoladamente, afirmaba que no sabía nada y pedía que la dejaran sola. Un policía le preguntó por su marido. Ella alzó los hombros y dijo desconocer su paradero, que de seguro estaba bebiendo en algún bar de por ahí. La policía dejó de lado las preguntas, le tomaron algunas huellas digitales y se marcharon. La policía buscaba urgentemente al marido de la mujer. Él era un perfecto candidato al asesinato del hombre mayor. Visitaron varios bares

de la zona y del centro de la ciudad. Fueron de bar en bar preguntando por el marido de la mujer que se había vestido lentamente, marchado de la casa y que finalmente no fue a ver a su marido en aquella ocasión. Hasta que lo hallaron totalmente ebrio junto a una tarima dentro de un boliche. Dos policías lo agarraron de los brazos y se lo llevaron directamente al auto policía. De ahí lo trasladaron a la cárcel de la zona. Dejaron que se la pasara un poco la ebriedad y empezaron las preguntas sobre el asesinato, pero en esta ocasión los policías cayeron sobre él como buitres. El marido ebrio desconcertado respondía: que él no sabía nada, que no sabía cómo había llegado a la cárcel, que lo regresen al boliche, que se equivocan de sujeto, que no sabe quién era ese tal hombre mayor que fue ahorcado. Los policías lo llevaron a una celda más pequeña y ahí comenzaron los golpes, patadas y palos como si fuera un animal salvaje. Ensangrentado y con algunos huesos rotos, confesó la verdad. El día siguiente, la noticia se regó como pólvora en los medios de comunicación y en las crónicas rojas locales e internacionales. La noticia fue una bomba explosiva. El juicio fue rápido, le dieron cadena perpetua sin oportunidad de ninguna apelación a la orden emitida por la Corte de Justicia. El marido ebrio fue trasladado a la cárcel de máxima seguridad y ahí pasó el resto de su vida. La mujer que era su esposa nunca lo fue a visitar, ni jamás la volvió a ver.

Los nuevos inquilinos del departamento 1 siguieron sus vidas ordinariamente. Solo que con el paso de los años, la pareja de recién casados se divorció. Las causas fueron, según ellos, diferencias insuperables. El hijo de ellos se quedó a vivir con la mamá. En cambio, la mejor amiga de la pareja y su novio se casaron al pie del mar en una ceremonia bonita pero sencilla y se fueron a vivir a una playa desolada y tranquila. Ahí la pareja de recién casados siguió adelante con su amor, trabajaron en algunas labores esporádicas. No era mucho el dinero que ganaban, y en verdad, era poco el dinero que necesitaban para vivir en ese lugar. Tuvieron tres hijos. De vez en cuando seguían fumando marihuana y viajaban a la ciudad a visitar a sus familiares y amigos.

El hombre jubilado despidió a la enfermera y a la mujer de las labores domésticas y se quedó viviendo absolutamente solo en su departamento. Seguía extrañando a la mujer jubilada. Lloraba por las noches mordiendo la almohada y de vez en cuando recordaba a los niños que saltaban con una cuerda y una pelota de plástico en el parque. El hombre jubilado visitó algunos psiquiatras, doctores, psicólogos de confianza pero no hubo solución a su caso. Una mañana encontraron el cuerpo sin vida del jubilado flotando en la piscina de la residencial. La piscina era de color púrpura.

El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas y la mujer que no trabaja siguieron

viviendo juntos y haciendo el amor con escándalo. Hasta que explotó la tercera guerra mundial. Un día, la mujer que no trabaja llegó temprano al departamento después de las compras y de recoger un dinero que le debían, y encontró al novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas y a la mujer que hace las labores domésticas, besándose. La mujer que no trabaja agarró del pelo a la mujer que hace las labores domésticas y la lanzó al piso. Le pegó un par de cachetadas y la botó del departamento. El novio con cara de estúpido recibió varios insultos y golpes de parte de la mujer que no trabaja y también fue expulsado de la casa. La mujer que hace las labores domésticas no volvió nunca más, ni siquiera a cobrar el dinero por indemnización o despido intempestivo. El novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas regresó varias veces a pedir perdón. A suplicar. A rogar. A arrastrarse como una vil serpiente. Pero no hubo esperanzas para él. La decisión fue tomada: tenía que irse, sí o sí. Con el paso de los meses, la mujer que no trabaja ahora sí encontró un trabajo de medio tiempo en una tienda importante de ropa y tuvo varios novios más. El antiguo novio que sí trabaja pero eventualmente en cosas de ventas siguió con su vida cotidiana y teniendo varias amantes. Pero finalmente se quedó solo.

La mujer que se la pasa sola todo el día leyendo novelas siguió escribiendo su primera novela

La piscina. Hasta que un día terminó de escribir y la envió a una editorial del norte de su país que le parecía interesante. Al principio la novela tuvo algunos rechazos, pero hubo una editorial del centro de su ciudad natal que le publicó el libro. Salieron varias reseñas de su ópera prima en varias revistas de literatura y en diarios dominicales. La acogida, al parecer, fue positiva de parte de los lectores, los medios de comunicación y de los críticos de su país. Decían que era una novela breve pero acertada, convincente en su lenguaje y en su trama. Que los personajes eran creíbles y que sobre todo se podía observar que la novela era de una auténtica lectora. Se respiraba buena literatura por todos los capítulos. La novela *La piscina* tuvo varias ediciones y hasta algunas traducciones a varios idiomas. La mujer que se la pasaba sola todo el día leyendo novelas ya no solo lee novelas sino que ahora las escribe. Ahora se encuentra escribiendo su segunda novela de próxima publicación que se llama: *La llaga*.

La hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas a distancia siguió charlando con el chico que había conocido por internet y que seguía en la ciudad. A ratos, el chico se sentía desubicado por no saber realmente lo que pensaba y sentía la chica que le gustaba y por la que había viajado desde lejos para estar con ella. A la hermana de la mujer que sigue sin trabajar pero estudia idiomas

a distancia le atraía el chico pero no le terminaba de agradar que tuviera sobrepeso y una extraña enfermedad en la piel. Aún así arriesgó sus sentimientos y su corazón por esta relación amorosa. El chico le pidió que sea su novia real y ya no cibernética y ella lo aceptó. Posteriormente le dijo que le gustaría casarse con ella. Ella dijo que lo pensaría. A las semanas le dijo que sí se casaría con él. Todo fue rápido pero emotivo. Se casaron y se fueron a vivir a Europa, continente donde él vivía y trabaja en varias labores. Les fue bien en el matrimonio pero no pudieron tener hijos. Ella es estéril.

Imaginemos una piscina. Amplia, grande, ancha, hermosa. Las medidas pueden ser del tamaño que nuestros ojos quieran. Digamos una extensión de ochenta metros de largo por cuarenta metros de ancho. Ahora imaginemos que el agua de la piscina está al límite. A ratos el agua salta sus fronteras y moja los pies de los visitantes, pero eso es otra historia. Sigamos imaginando la piscina. El agua está limpia o casi limpia. Un joven llamado Juan, de unos treinta y cinco años, la limpia cada lunes y viernes. Manuel está jubilado y ya no puede hacerse cargo de la limpieza de la piscina. Ahora es Juan quien se encarga del orden y de la limpieza del agua. El agua se ve bastante clara y no creo que esté sucia. El problema es el viento que pasa y hace que varias hojas de colores se bañen antes del invierno. Imaginemos que la piscina está dentro de

una residencial donde hay unos seis departamentos. Ahora imaginemos que en cada departamento vive una familia. En estos seis departamentos viven seis familias. Tal vez la felicidad está en otra parte. Imaginemos una piscina de color púrpura. Ahora imaginemos una piscina vacía, para siempre.

La llaga

Hay solo dos países: el de los sanos y el de los enfermos
por un tiempo se puede gozar de doble nacionalidad
pero, a la larga, eso no tiene sentido

Enrique Lihn

Carne, hueso, nervio: los vidrios atravesaron su cuerpo y tatuaron su piel. Juan era un río púrpura. El conductor del otro coche huyó a cien kilómetros/hora por una avenida del sur. Juan seguía navegando en su propio río de vidrios rojos. Fue llevado de emergencia a un hospital del centro de la ciudad. Su cuerpo iba a ser un trofeo más de la muerte, pero su corazón latía y se negaba a dejar de latir. Su mente estaba en blanco. Desde ese momento, Juan era un cuerpo que sangraba, que agonizaba, sin tiempo y sin fe.

Cuando un hombre cae en *coma*. Su vida es como signo de interrogación en una página en blanco. El tiempo deja de existir. Entra a otra dimensión paralela. El tiempo en los pasillos de los hospitales se mide de otra forma. Juan era un cuerpo inerte que dormía con una pulsación cardiaca muy leve. Casi no tenía pulso. Pero el resto de su cuerpo seguía trabajando de manera normal, muy

distante de Juan que soñaba tal vez con su muerte aunque él no lo sabía.

El cerebro de Juan seguía emitiendo en su cabeza dormida, imágenes de su vida reciente y pasada. Había imágenes que chocaban unas contra otras, pero generalmente eran muy coloridas y tenían mucha vitalidad. A ratos eran oscuras y muy tristes.

El primer *flash* que apareció en su mente fue cuando todavía era un niño. Tenía solo cinco años y jugaba con sus amigos del barrio: dominaba la pelota con una maestría asombrosa, tenía bastante resistencia y un ágil movimiento de piernas que no era acorde a su edad. Era el goleador de los equipos por excelencia. Se veía escribiendo notitas de amor para sus amigas; soñaba con besarlas y tomarles la mano por la calle como si fueran sus novias. Después se visualizaba de espaldas junto a la pared, seguramente castigado por haber cometido alguna travesura. Pero la imagen más recurrente de esos años era cuando jugaba en el tobogán del parque. En ese lugar se lanzaban las niñas más bonitas del barrio. Él se lanzaba detrás de ellas y las agarraba por la cinturita. Finalmente siempre llovía y todos corrían a esconderse del aguacero feroz que caía por esos años *en la patria de la infancia*, como diría Baudelaire.

El segundo *flash* era cuando iba al colegio y tenía que estudiar para los exámenes, los interminables deberes escolares, los sueños futuros que se iban formando y cristalizando. Las mujeres eran el

manjar de los dioses. Las mujeres iban y venían por las calles de su juventud. Las quería y las amaba a todas por igual. Él tuvo varias novias, que lo abandonaron o que él abandonó por cosas de la época.

La mente dormida de Juan recordaba las imágenes de esos años, aunque la memoria siempre tiende a cambiar y a jugar con las emociones del corazón. Seguían apareciendo los *flashes* que lo llevaban velozmente a lugares distintos, con personas distintas, en años distintos. Muy bien lo decía Valente: la memoria nos abre luminosos/corredores de sombra/ bajamos lentos por su lenta luz/ hasta la entraña de la noche.

Los *flashes* encendían su memoria y de ahí todo se apagaba. Silencio. Nada. Otro *flash* aparecía como un relámpago en una noche de tormenta. Silencio. Nada. Sucesivamente las imágenes se repetían como olas, como golpes, como alas multiplicando sus significados.

La mente de Juan era como una hoja que giraba con el impulso del viento, sin orden, sin coherencia, sin destino. Los familiares de Juan lo venían a visitar todas las tardes. Le traían libros, fotos, cartas, flores, perfumes, comida, jabones, entre otras cosas. Cosas que obviamente él, en el estado en que estaba, no podía apreciar. Las enfermeras visitaban esporádicamente la habitación, revisaban que la presión estuviera normal: el suero, los medicamentos, las inyecciones y se

volvían a marchar. Sus familiares y sus amigos le hablaban con total naturalidad como si él los estuviera escuchando. Le contaban sobre sus penurias, sus malas noticias, los chismes y las deudas por pagar. Juan solo era un cuerpo inerte que dormía el sueño más profundo.

El pesimismo y el escepticismo de los médicos no se hicieron esperar. Algunos afirmaban que Juan no se iba a despertar. Que el accidente había sido mortal y que difícilmente iba a revivir del *coma*. Que iba a quedar en estado vegetal. Que su vida iba a estar ligada eternamente a una máquina artificial. Pero con el paso de las semanas, Juan despertó. Abrió los ojos y la luz de la habitación golpeó sus pupilas. Los párpados parecían tiritar de frío, de dolor, de nerviosismo. Sus ojos miraban sin mirar. Veía imágenes difusas, extrañas, complejas para su reciente y nuevo entendimiento.

Pasaron varios minutos y todo fue volviendo a la normalidad. Sus ojos visualizaron el rostro de una enfermera, de un doctor, de su mujer, de su madre, de su hijo. Se dibujó una extraña sonrisa en el rostro de Juan. No dice nada pero al parecer está feliz. Pronunció algunas sílabas difusas que se confundieron en el aire. Ella con sus ojos llorosos preguntó:

—¿Cómo te sientes amor?

Silencio.

—¿Te duele algo?

Silencio.

–Dime algo, por favor.

Silencio.

Juan no dice nada pero sonrío o parece sonreír. Su mujer, al observar la sonrisa de Juan, también sonrío y algo en su rostro le indica que él la escucha y que las cosas van en buen camino. Su mujer ya no vuelve a preguntar nada.

Juan observa a las personas que están en la habitación con una cierta extrañeza, como si por primera vez los observara en su vida. Los analiza (su mente está ocupada uniendo redes imaginarias, redes de valores, redes de árboles familiares) y los sigue analizando por varios minutos que se vuelven horas.

El doctor lo mira con recelo y dice en voz baja a la enfermera:

–Al paciente lo veo mejor.

La enfermera asienta con la cabeza y luego se marchan los dos.

Su mujer, su madre y su hijo se acomodan en los sillones o en los asientos de la habitación y no dicen nada. Juan tampoco dice nada. El tiempo pasa con la lentitud digna de un dios creando nuevos planetas. Los días se repiten lentos, pesados, perezosos. La misma rutina de siempre: El doctor,

la enfermera, su mujer, su madre y su hijo entran y salen de escena (de la habitación) como si fueran actores de una improvisada obra teatral mediocre. Juan abre y cierra los ojos como un muñeco que se enciende con baterías recargables.

Hasta que un día, el doctor que lo estuvo examinando desde el principio, le dio el alta médica para que el paciente se marche a su hogar. La familia de Juan festejó y prepararon sus cosas para el regreso a casa. Todos estaban felices. Juan no dijo nada pero sonreía. La familia pagó las deudas con el hospital, con el doctor y se llevaron a Juan en una ambulancia alquilada.

El paciente viajó en su silla de ruedas. Pasaron varios minutos y llegaron a casa. Había globos, música, bocaditos, serpentinas en la sala y en la habitación de Juan. Llegaron algunos invitados, entre ellos, familiares, amigos, cercanos o conocidos. El ambiente era de pura fiesta y alegría. Juan no decía nada pero se lo veía feliz. La familia también estaba feliz.

La bienvenida duró algunas horas, los invitados bailaron y contaron chistes de moda (algunos del presidente de turno y de la reducida farándula televisiva local) chismes, anécdotas, las típicas historias familiares que suelen contar las personas de la tercera edad.

Al parecer la fiesta sorpresa fue del agrado de Juan. Aunque se durmió a los pocos minutos que se

marchó el último invitado. Con el paso de los días, Juan practicaba algunas palabras, ya podía decir el nombre de sus seres queridos, principalmente de su mujer, madre e hijo. Ya iba diciendo con más claridad algunas frases, algunas oraciones, algunas ideas.

Juan pidió hablar con el doctor que lo examinó todo el tiempo en el hospital. Exigió que fuera de carácter urgente a visitarlo a su casa. Pasaron algunas horas y el doctor llegó. Juan no dudó en preguntar:

–Doctor, no siento mis piernas.

–Recuerde que tuvo un accidente grave.

–¿Podré mover las piernas?

Silencio.

–No se quede callado.

–Nunca más.

Tragó bastante saliva y no dijo nada.

–Lo siento.

Juan llora. Ahora llora desconsoladamente. Juan sigue llorando. Cada vez menos, pero sigue la daga de la tristeza enterrada en su corazón. No acepta su nueva condición en el mundo: *paralítico*. Le cuesta asimilar esa palabra que pareciera tener varias púas en su interior y que al pronunciarla se hiriera la lengua. Su mente se llena de imágenes desastrosas, se siente un hombre fracasado, un ser

derrotado por la mala suerte de su destino. Suelta insultos y blasfemias. Se odia a sí mismo.

Pide a su mujer que lo consuele y que le dé pastillas para dormir (pastillas para morir). Y solo duerme horas y días enteros. No recibe a ningún invitado o visitante en la habitación. Detesta las visitas. No ingiere alimentos. Solo quiere morir. Se odia a sí mismo. Con el paso de las semanas, todo vuelve a su cauce normal, la depresión va mejorando y va volviendo a tener fuerzas para vivir.

Recuerda que tiene un hijo y que merece su apoyo y su fortaleza. Su mujer dice que lo apoya y que lo apoyará para que lleve una vida normal. Su madre dice lo mismo. Juan intenta tener la mente ocupada y se las ingenia para trabajar desde su hogar en ventas o en negocios de varios tipos. Todos los días, Juan sale en las mañanas en su silla de ruedas al jardín de su casa. Pocas veces había salido a ese lugar.

El exceso de trabajo y las preocupaciones cotidianas le habían privado de esas pequeñas concesiones con la vida diaria. Ahora ya era parte de su ejercicio diario, higiene mental, salir a respirar aire puro en el jardín y observar ese panorama verde que de algún modo lo reconfortaba y tranquilizaba. Podía parecer una cursilería pero se preguntaba:

¿Por qué antes no había estado en el propio jardín de su casa? Las respuestas podían ser varias pero en su mayoría se debían al escaso tiempo.

Juan aprendió a diferenciar las distintas flores. Los distintos pájaros que giraban en el aire del jardín. Los distintos insectos. Los distintos árboles de los demás. Aprendió sobre jardinería; él mismo arreglaba y alimentaba las plantas. En eso se le iba las mañanas. Posteriormente almorzaba algo ligero y de ahí seguía en la tarde trabajando en sus negocios y en ventas.

Juan se acercó a los libros. Para él los libros siempre fueron algo lejano y poco importante. Se dio cuenta que nunca iba ser un escritor pero tal vez sí un buen lector. Cada vez su tiempo se fue haciendo más escaso. Su tiempo se fue llenando de jardinería, libros, cocina, ventas, entre otras cosas. Su hijo fue creciendo y ya iba a la escuela. Juan estaba feliz de verlo crecer cada día.

Su mujer y su madre siguieron estando a su lado. Iba recuperando poco a poco la verbalidad y el lenguaje que había perdido en los meses del hospital. A veces cuando estaba solo y no tenía en qué pensar, trataba de recordar el accidente sufrido.

Esa noche había salido temprano de su casa y se dirigía a hacer una diligencia en casa de unos amigos cercanos, en el sur de la ciudad. Su carro iba por la avenida principal en el sur, cuando en una esquina, justo en un semáforo, un coche pasó velozmente sin ver el semáforo y el signo PARE que tenía al frente. Avanzó por la calle que cruzaba la avenida principal e impactó en el medio del auto

de Juan. Desde ese momento, su mente recordaba muy poco. Solo imágenes rápidas, veloces, rostros de personas desconocidas, voces de auxilio, gritos y un mar de vidrios que se incrustaba en su cuerpo. Su columna vertebral se había partido. El dolor, al principio, fue como una sensación extraña, ajena en su cuerpo, pero, poco a poco, lo absorbía y lo sumergía en un río de furia y de rabia. Su mente intenta recordar ese accidente que había marcado un antes y un después en su vida.

A veces se sentía una persona útil para su familia, pero a ratos pensaba que era un peso para ella. Una desgracia en carne y hueso. Un maldito inválido que solo se quejaba y que poco hacía para mejorar la vida de los demás. Un ser despreciable que solo merecía haber muerto en ese accidente.

Pensaba eso y algunas cosas más. Para él, un hombre inválido era como un ser medio hombre-medio estorbo. Ni siquiera podía cumplir como marido a su mujer en la cama y esto lo hacía recriminarse una y otra vez. No podía ser la voz del orden y de respeto dentro de su familia, cuando necesitaba ayuda ajena hasta para poder ir al baño. Miles de ideas y de recriminaciones venían a él y lo agarraban del cuello hasta quitarle la respiración. Sus pulmones se cerraban. Se estresaba. Se le reventaban las neuronas.

Finalmente siempre, siempre buscaba como desesperado pastillas para dormir (morir de sobre-

dosis), pero siempre terminaba durmiendo como una roca en la tormenta.

Ahora Juan dormía casi hasta la hora del almuerzo. Sufría una extraña depresión. Le dolía todo el tiempo la cabeza, el estómago, los oídos y los ojos. Tomaba pastillas sin receta médica. Como ya lo conocían en las boticas o en las farmacias pedía lo que quisiera sin receta de un especialista o médico. Comenzó a sospechar que algo no andaba bien en su entorno, en su hogar, en su familia: Su madre no venía hace días a visitarlo. Su mujer salía mucho y volvía muy tarde. Su hijo no hacía los deberes escolares y tenía bajas notas. Agarró el celular y llamó a su mujer. El celular estaba apagado. Volvió a llamar y el celular seguía apagado. Llamó varias veces y lo mismo. La esperó junto a la puerta de la entrada de la casa. Tardó en llegar hasta que llegó. Juan con un tono fuerte preguntó:

–¿Por qué llegas a esta hora?

–Estaba trabajando.

–Dime la verdad, ¿dónde estabas?

–Trabajando.

–Dime la verdad, carajo, ¿dónde estabas?

Silencio.

Ella entró sin responder nada más. Se metió al baño, se dio una ducha, comió algo ligero y se acostó a dormir. Juan no pudo dormir esa noche.

Seguía pensando cosas obscenas y terribles de su mujer. Esa noche se dedicó a investigar documentos hasta la madrugada. Leer alguna revista y ver alguna película antigua, de blanco y negro, de esas que le gustaban. Entre sus documentos encontró algunas viejas cartas. Pensaba que esas cartas habían desaparecido hace mucho tiempo. Pero ahí estaban, escondidas, entre tanto papel. Las cartas eran de su juventud cuando Juan y su mujer (que en ese entonces no era su mujer) apenas se habían conocido.

En las cartas se podía leer algunas frases de amor, que a estas alturas podían sonar *cursis*. Leyendo trataba de recordar el tiempo pasado, el tiempo añorado, el tiempo ido. Pensaba y sigue pensando que todo tiempo pasado fue mejor. Las personas no nacían tan contaminadas de tantos males como hoy. Ahora todos buscan aprovecharse del otro, de su vecino. De robar, de estafar, de mentir, de sacar provecho de alguna desgracia. En esa época las personas eran más sinceras, más humildes, más puras.

Ahora no se podía tener confianza ni fe, ni en la propia familia: por duro que parezca, era así. El mundo se está yendo a la mierda, pensó, y siguió leyendo las cartas de amor. No podía creer que quien escribía esas cartas fuera él mismo. Sin duda, había cambiado mucho. Ya no había rastros del Juan de esa época. Ahora era un fantasma, un espíritu, un espectro, pura niebla de ese tiempo. El Juan de

ahora es un verdadero monstruo. No un monstruo salido de los cuentos infantiles, sino uno peor: nacido en la violencia, en el odio y en el olvido. Un hombre digno de la peor calaña. Un enfermo. Un cavernícola del rencor. Mientras seguía leyendo las cartas de amor, iba en su silla de ruedas a ver a su mujer. Ella dormía plácidamente. La miraba sin verla. La miraba como si fuera un ángel. La miraba como si fuera la mujer más hermosa del mundo que ya no podía volver a desear ni amar. Desde su accidente había nacido una pared, un río, un abismo entre los dos. Ya no conversaban hasta altas horas de la noche, de las cosas que los hacían felices: del pasado y los buenos tiempos. De los sueños y del futuro. De los nuevos hijos que algún día llegarían (y que ahora no llegarán). De su vejez y del amor más allá del amor. Ya no conversaban de nada. Solo había reproches, quejas y cuestionamientos. Insultos, rencores y acusaciones. Si cuando eran jóvenes crearon y cruzaron el camino que lleva a la dicha y a la felicidad, ahora ellos transitaban el camino del desamor y de la rabia.

Juan se quedaba horas mirando cómo dormía su mujer. Después de tanto vacío y soledad, se daba cuenta que la seguía amando como siempre la había amado. Aunque ahora ya nada era igual. Ahora solo era su nueva enemiga personal, una asesina de afectos, una bruja del dolor, una exterminadora de los sueños, a quien echarle la culpa de sus desgracias, las desgracias del mundo y de su mundo.

Su mujer seguía llegando tarde en las noches. Él la seguía esperando en la puerta de la casa para recriminarla, hasta que un día se aburría de hacer lo mismo y simplemente no le dirigía la palabra. Se mentalizaba como si ella no estuviera allí, no existiera o estuviera muerta en vida.

Su mujer seguía con sus tareas de siempre. Miraba que su hijo hiciera los deberes escolares, arreglaba el desorden de la casa, comía algo ligero, se duchaba y dormía.

Juan seguía con sus labores nocturnas de siempre. Navegaba en internet y buscaba alguna nueva medicina, algún nuevo adelanto para mejorar su columna vertebral. Siempre salían notas, reportajes, artículos sobre posibles soluciones pero no hallaban una cura específica, siempre había muchas divagaciones y había, por supuesto, mucha demagogia en este tema. Doctores que daban soluciones a largo plazo, curas, inyecciones que no ayudaban en nada y que solo servían para engañar y robar. A pesar de todo, Juan no perdía la esperanza de algún día volver a caminar. Todo se fue a la mierda, cuando un día encontró en el celular de su mujer, un extraño mensaje que decía:

*amor, te espero a las siete a la salida del café
de la esquina de tu trabajo.*

tu gordo.

Juan anotó el celular del remitente del mensaje y no dijo nada. En ese momento, su mujer se bañaba en la ducha. Ella salió de la ducha, comió algo ligero y se acostó a dormir. Ahora duerme plácidamente. A pesar de todo, Juan estaba tranquilo mientras sospechaba que algo andaba mal. Ya lo intuía. Sabía que algo malo estaba pasando a sus espaldas, hace mucho tiempo. Por el momento dejó que las cosas siguieran su curso normal. No dijo nada a nadie. Este suceso no lo comentó ni con el resto de su familia.

Su mujer seguía con sus tareas. Miraba que su hijo hiciera los deberes escolares, arreglaba el desorden de la casa, comía algo ligero, se duchaba y dormía. Juan seguía con sus labores nocturnas. Veía televisión, leía alguna revista, veía películas, navegaba por internet. Lo de siempre. Hasta que decidió tomar los cuernos del toro de frente y enfrentar esta situación. La esperó junto a la puerta de la entrada de la casa. Tardó en llegar (como siempre). Juan con un tono agresivo-impulsivo preguntó:

–¿Por qué llegas a esta hora?

–Tenía mucho trabajo

–Dime la verdad.

–Estaba trabajando.

–Sé que te ves con un hombre.

Silencio.

–¿Quién es él?

Silencio.

–Dime la verdad, puta de mierda.

–Es un compañero de trabajo.

–¿Lo quieres?

–Sí, lo quiero.

Juan no volvió a preguntar nada más. Su mujer entró con rapidez y se metió a la ducha. No salió en bastante tiempo. Su mujer lloraba en el interior de la ducha. Juan lloraba en la sala del hogar. Su hijo lloraba del miedo, los gritos lo habían despertado de un bonito sueño casi angelical. Al rato, ella salió de la ducha, no comió nada y se marchó a dormir. Juan siguió llorando (casi en silencio) en la sala, durante varias horas. Juan ya sabía toda la verdad, su mujer salía con otro. Un hombre que firmaba como *gordo*, como decía el mensaje. Se preguntaba:

¿Qué podía hacer en esa situación?

Nada, se respondía.

No sabía qué pensar.

Decidió llamar por teléfono a su madre, para contarle lo sucedido. Tenía que hacerlo, si no iba a reventar. Marcó el número telefónico de su madre. Ella contestó. Juan dijo:

–Madre, tengo que hablar contigo.

- Qué pasa hijo, dime.
- Disculpa madre, sé que es tarde.
- Sí, lo sé, pero dime.
- Necesito hablar contigo personalmente.
- Tú me dirás.
- Mañana en la mañana iré a verte.
- Perfecto, así desayunamos juntos.
- Muy bien madre, gracias.
- Te espero.
- Chao.
- Chao.

Juan estuvo muy temprano, como habían acordado, en la casa de su madre. Desayunaron juntos. Juan le contó todo lo sucedido. Ella se indignó con todo lo sucedido y le recriminó por haberse casado con esa cualquiera. Con esa recién aparecida. Con esa mujer de una clase social inferior a la suya. Juan aceptó los regaños de su madre y le dijo que tenía toda la razón. A las horas, y más tranquilo, regresó a su hogar. Su mujer no estaba. Sus cosas y su ropa habían desaparecido.

Al parecer su mujer se había marchado de casa, aprovechando su ausencia. Juan no supo qué pensar y solo se quedó viendo televisión en la sala de la casa.

Las imágenes que proyectaba la televisión se introducían poco a poco en su cerebro. Pero su mente estaba en blanco. La mujer de Juan se había

marchado levándose todas sus cosas. También se había llevado a su hijo. No dejó ni una carta, ni una nota, ni un teléfono, nada. Ahora Juan ya no piensa en nada, duerme en su silla de ruedas.

Así pasaron algunos días y no supo nada de su mujer. La llamaba al celular pero sonaba apagado. Hizo algunas llamadas a conocidos, amigos comunes, familiares de ella, preguntando por ella, pero nadie le daba alguna razón. Juan trató de visitar más a menudo a su madre y a algunos amigos. No quería seguir pensando en su mujer ni en su hijo. La casa se sentía muy vacía. El silencio era como un grito ensordecedor para sus oídos que solo él podía escuchar. Se sentía frustrado. Se sentía un desdichado. Se sentía el hombre más infeliz del mundo.

Seguía por las noches navegando en internet y escribía cartas a hospitales o clínicas especiales para personas que sufrían de parálisis o eran parálíticas. De vez en cuando recibía alguna carta en la que le respondían muy amablemente, pero que por desgracia (para todos) no habían descubierto mayor avance sobre trasplantes de médulas o de operaciones novedosas en la columna vertebral. Juan no perdía la fe en los avances médicos mundiales.

Juan siguió con la rutina de siempre: dormir en las mañanas, arreglar el jardín, trabajar en ventas, escribir cartas a instituciones médicas y visitas al médico. Seguía con su rehabilitación en la columna. Sus ejercicios diarios, según las

órdenes de su kinesiólogo. De vez en cuando la imagen de su mujer besándose con otro hombre se apoderaba de su cabeza y volvían los celos incontrolados. Su corazón latía con fuerza. Con rabia. Con dolor. Con angustia.

Pensaba en su hijo y cómo le estaría yendo en la escuela. Los deberes y las notas escolares. Se sentía un mal padre por no saber nada de él. Decenas de preguntas salían de su mente y se quedaban flotando en el aire. La soledad y el estrés lo enfermaban. Le faltaba la respiración. Le dolía la cabeza, el estómago, los oídos, el corazón, los ojos. Su cuerpo estaba a punto de explotar.

Juan volvía a leer las cartas que alguna vez le había escrito a su mujer; su corazón se achicaba y se volvía un nudo de sangre. Ella alguna vez me prometió que estaría siempre a mi lado y que siempre me iba a querer, pero me mintió. Aunque admito que yo también la engañé, pensaba Juan. De a poco Juan iba dejando las falsas modestias, la vanidad y se daba cuenta de sus errores. De sus falencias. De sus egoísmos desmedidos. Ahora Juan llora desconsoladamente.

La casa se volvía más insufrible. Más vacía. La casa se convertía en un monstruo de mil cabezas que estaban a punto de devorarlo. De despedarlo. De triturarlo. El silencio de esa casa causaba terror. Volvía a sentirse frustrado. Desdichado. El hombre más infeliz del mundo. Pero ahora había nacido

dentro de su cuerpo, una extraña enfermedad que él desconocía. Era la enfermedad de *la llaga*.

Esta enfermedad no existe en los libros médicos. No es un virus, no es una bacteria, pero sí una enfermedad muy crónica, casi mortal. *La llaga* es una enfermedad que nace en las personas solas, abandonadas, despreciadas. Es una enfermedad que arremete por dentro y va atacando tejidos, órganos, huesos. Contamina la sangre y la daña. Es como una úlcera gigante que ataca el cuerpo, el espíritu y el alma. Es una enfermedad irreversible que puede destruir a un cualquier ser humano.

Juan es un portador más de *la llaga*. Enfermedad que va aumentando día a día y que a nivel mundial se está volviendo más indestructible que el propio cáncer o sida. *La llaga* es una enfermedad lenta, muy lenta. Que va carcomiendo por dentro. Que desestabiliza la función del cuerpo. La piel se enrojece y causa picazón. Nubla la vista. Hace latir más rápido al corazón. Daña de a poco los riñones, el estómago, el colon y el hígado. Lo único cierto es que la mujer de Juan no regresa. Él la sigue esperando. Pero nunca más la vuelve a ver.

Con el paso de los años, su único hijo muere en un accidente: carne, hueso, nervio: los vidrios atravesaron su cuerpo y tatuaron su piel. El hijo de Juan era un río púrpura. El conductor del otro coche murió en el accidente. El hijo de Juan seguía navegando en su propio río de vidrios rojos. Fue

llevado de emergencia a un hospital del centro de la ciudad. Su cuerpo fue un trofeo más de la muerte. Su corazón dejó de latir. Su mente estaba en blanco.

Desde ese momento, el hijo de Juan era un cuerpo más que reposaba en una morgue. Juan se enteró del accidente días después por los obituarios de los diarios.

La fiesta

¿Quién es el mar, quién soy?

Jorge Luis Borges

I. El olfato

¿El amor tiene olor?

No creo que el amor tenga un olor. Cada persona es un mundo de olores, sudores, perfumes –respondió Manuel.

Belén dijo que esa pregunta la había escuchado en una película y que le había quedado rondando en la cabeza.

Ella tenía más preguntas, pero esa específicamente no la había dejado dormir la noche anterior.

Cuenta que en la película había un hombre que olía a muchos de sus antiguos amantes para conocer sus perfumes y para saber si todavía quedaba algo de amor en ellos para él.

Manuel sonrió y dijo que eso solo se ve en las películas.

Cuando el amor entre dos personas se acaba: ¿los cuerpos a qué olerán?

Manuel escuchó la pregunta y no respondió nada. A Belén se la veía preocupada. Hubo un

interminable silencio entre los dos. Caminaron calle abajo por el centro de la ciudad. Al principio iban de la mano (eran *dos en la ciudad* como dice la canción de Fito Páez), después se soltaron y cada uno iba por su lado.

Belén y Manuel seguían caminando por calles vacías, húmedas, grises, sucias. Los insectos como pequeños buitres caían en la basura de las esquinas. El olor de la ciudad era cautivamente desagradable. Apestaba. Olía a agua servida. Olía a orines. Olía a diarrea. Olía a vómito. Pero ellos dos iban concentrados en las imágenes que le producían sus cerebros. Les interesaba poco la suciedad de las calles.

Seguían caminando como si alguien muy importante los estuviera esperando calles más abajo. Como si tuvieran un camino trazado, un recorrido fijo, un paradero definitivo. No se miraban al caminar. Hasta que Manuel se detuvo y preguntó: ¿Quieres algo de beber?

Belén dijo que sí. Que cualquier cosa rodaría bien por su garganta a esa hora. Tenía mucha sed.

Entraron a un pequeño bar que quedaba en una esquina. El bar era humilde pero bonito, estaba lleno de fotos de marineros. Olía a cerveza y a comida del mar. Manuel pidió un par de cervezas. A los minutos regresó el mesero con dos espumosas. Bebieron de golpe. No intercambiaron palabras. Tomaban cerveza como si se fuera a evaporar el

líquido de los vasos como arte de magia, pero como si estuvieran solos en el mundo. Manuel pidió dos cervezas más. Las bebieron al vuelo. Él pagó la cuenta y salieron del bar.

Propuso regresar a casa, afirmando que por esa noche habían caminado bastante. Belén no lo miró, solo se dio media vuelta y caminó de regreso. Con el pasar de los minutos, Belén sugirió ir a un parque que conocía muy bien y que quedaba por la zona. Manuel asintió con la cabeza. Caminaron por unas calles oscuras hasta que llegaron al parque y se sentaron en los primeros asientos que vieron.

Este parque me trae muchos recuerdos de infancia. Acá venía a pasar las mañanas con mi padre. Jugábamos varias cosas. Pero un día se marchó y nunca más lo volví a ver –dijo en tono triste Belén

Manuel escuchaba y no decía nada.

–Sabes, mi padre siempre cargaba muchos olores en su ropa. Recuerdo una colonia que olía a eucalipto, ¿ubicas ese olor?

–No –respondió Manuel.

–¿Tu madre o tu padre tienen algún olor especial? –preguntó Belén.

Mi madre siempre huele a jabón de flores. Mi padre no huele a nada que yo recuerde –respondió Manuel.

Los dos se quedaron callados y se recostaron en los asientos del parque. Pienso que es hora de regresar a casa, dijo Manuel. Sí, regresemos, dijo Belén.

II. El gusto

Ahora Belén y Manuel están recostados viendo televisión en la cama. No hablan. Sus miradas están concentradas en las imágenes que expulsa la caja electrónica.

-¿En un futuro seguiremos juntos?

-No lo sé.

-¿Qué crees tú?

-Sí.

-¿Por qué?

-Me siento bien contigo.

-¿Solo por eso?

Silencio.

Manuel se paró de la cama y se dirigió al baño. Se lavó los dientes, encendió la ducha y cerró la puerta. Se bañó por un largo rato. Como si el tiempo no existiera, como si no tuviera nada que ver con él.

Belén preparaba una improvisada cena. Sacaba y guardaba cosas de las gavetas de la cocina. Sacó jarrones, pocillos, platos y los ponía encima de la mesa principal del comedor. Encendió unas velas rojas. Fue al equipo de música y puso algo de música relajante. Nadie cantaba, solo

se escuchaba de lejos un saxofón. Belén había puesto en el sartén algunos filetes de pescado y aliñaba una ensalada de tomate, cebolla y lechuga. Recordó que tenía algo de vino blanco que había quedado de una fiesta anterior, sacó dos copas y las llenó hasta el límite. Probó el pescado y la ensalada. Todo estaba en su punto. A los minutos sirvió la comida caliente en dos platos transparentes que tenían un llamativo diseño en los filos. Manuel recién salido de la ducha, se puso una camiseta blanca de algodón, un short azul y fue a la cocina a ver a Belén.

–Huele rico.

–Espero que te guste.

–Freíste pescado ¿verdad?

–Sí.

–Huele rico.

–Sí.

–Buen apetito.

–Gracias.

Los dos se sentaron en la mesa. Brindaron con el poco vino blanco que quedaba de una fiesta anterior. Comieron lentamente. Belén cree en la frase, en ese *lugar común* que dice que el amor entra por la boca. Ella piensa que mientras Manuel tenga lleno el estómago, las cosas deberían seguir bien. Esa frase por más común que suene, a ratos

podía ser la más rotunda verdad. El amor y el estómago deben llevarse bien, porque no hay amor que aguante hambre y viceversa.

¿Dónde se ha visto que una mujer enamorada con hambre siga al lado de su marido? Ni que fuera el mejor galán de cine. Ella pensaba que el amor y los sabores siempre deben ir de la mano. Manuel siempre comía lento, pero ahora comió más lento que de costumbre. Belén no sabía si era por gusto o porque la comida sabía muy mal. Ella no dudó en preguntar:

–¿Te gustó el pescado?

–Sí.

–¿La ensalada?

–Sí, mucho.

–¿Quieres más?

–No, estoy bien.

A Manuel le había gustado el pescado, pero a la ensalada la encontró un poco excedida de limón, pero no dijo nada. No quería molestar o incomodar a Belén. Manuel cree que Belén cocina bien. Es esmerada en la cocina. No lo hace mal. Pero hay ratos en que los sabores y los olores de la comida le hacían recordar a otras mujeres que habían estado antes de Belén:

María es una mujer de rasgos indígenas, tiene el cabello negro azabache, los ojos muy negros y el olor a colonia barata. Siempre le cocinaba tortillas

de maíz con queso. Manuel le ponía mucha cebolla (es un amante de la cebolla), un poco de ají y se las devoraba. Pero un día, tuvo que regresarse a su pueblo y todo acabó allí. Así que el sabor a tortilla de maíz caliente o recién hecho siempre le recordaba a María.

El sabor del *sushi* le recordaba a Magdalena. Ella es y seguirá siendo una mujer muy refinada. De alta clase. De alcurnia. De sangre azul. Se viste con los mejores trajes y siempre le gusta estar a la moda. Cada vez que salían a comer juntos, iban por obligación a comer *sushi*, su estómago no toleraba otro tipo de comida. Tomaba mucho té. Era una adicta al té. Sus salidas y conversaciones siempre giraban en torno a la moda y al *sushi*. A Manuel, en verdad, nunca le gustó mucho el *sushi*. Pero por salir con Magdalena se aguantaba esa comida. No le encontraba sabor, o el sabor no siempre era el esperado por el paladar o el gusto de Manuel. Un día la dejó, ya no aguantaba la vanidad de Magdalena, ni esa comida que de a poco lo estaba enfermando.

Hablar de Carmen es hablar de sabores rojos. El vino y la carne muy roja, casi sangrienta. Iban juntos a las parrilladas y devoraban todo. Eran unos carnívoros irremediables. En algún momento, a Manuel le gustó mucho Carmen pero era una mujer llena de complejos. Siempre decía que es una mujer fea (cuando no lo era), que es muy gorda (cuando no lo era), que tiene los dientes y los ojos

muy pequeños (cuando no los tenía) y así sucesivamente. Solo cuando comían carne, mucha carne, podían entablar una conversación agradable. Esa amistad duró poco.

Alejandra era una joven escritora que tenía obsesión por la comida vegetariana. Para ella comer carne es digno de personas asesinas. Siempre salía a las calles a manifestarse a favor de los derechos de los animales. Manuel la acompañó un par de veces a esas manifestaciones. Pensaba que las ideas de Alejandra son muy válidas, pero él se seguía considerando un amante de la carne. Para Manuel la comida vegetariana es comida plástica que no sirve para nada. Obviamente esta relación no duró mucho tiempo.

La comida rápida le recordaba a Claudia. Era una joven muy atractiva, estudiante universitaria, que se vestía de negro, escuchaba música metalera y que siempre comía comida rápida: pizza, hamburguesas, *hot dogs*, papas fritas, bebidas gaseosas. Esa era su alimentación diaria. A Manuel le gustaba esa comida pero odiaba comer eso todos los días. Esa amistad terminó velozmente.

Él tendía a relacionar la comida con las mujeres. Los olores. Los sabores. Pero de todas ellas, Manuel, está muy feliz con Belén. Belén come de todo y no se complica con la comida. Si hay que comer tortillas de maíz con queso, *sushi*, carnes rojas, comida vegetariana o comida rápida,

ella come. No pide ni exige mucho. Manuel sigue pensando que la comida de casa es la mejor. Y que Belén es su mejor plato de comida.

III. El tacto

Belén había leído en una revista de mujeres que mientras una mujer esté satisfecha sexualmente, siempre comerá menos pero mejor. Las mujeres que tienen mal sexo siempre comen en desorden, tal vez por angustia, por estrés, por ansiedad, a toda hora y terminan saliendo en *spots* de televisión para pastillas adelgazantes, como la opción que no se debe seguir. Belén no quería terminar así. No quería ser una más de esas mujeres gordas que solo saben hacer el ridículo frente a los televidentes. O en los programas sensacionalistas que cada vez se ponen más de moda. Belén quería ser una mujer distinta. Borrar del pasado cualquier espectro de mujer que haya conocido Manuel.

Ella nunca se lo dijo, pero estaba muy enamorada y feliz con él. Es verdad que siempre o casi siempre se portaba distante con él, era porque en el fondo lo deseaba y amaba pero no quería que él abuse de ella.

Belén es una mujer alegre, sencilla, de sueños reales y concretos. No anda por ahí soñando con príncipes o en matrimonios felices, como muchas mujeres veinteañeras de su edad. Ella, a su corta edad, es responsable y madura de modo conven-

cional. No le tiene miedo al paso del tiempo y a las derrotas. Siempre fue así. Cuando era una niña, su padre un día la abandonó. Su madre tuvo que hacerse cargo de ella. De criarla, de darle educación, disciplina y valores.

Desde pequeña pasó necesidades y ciertas penurias. Su padre ni siquiera fue capaz de escribirle una carta o de decirle algo bonito cuando cumplía años o tenía alguna buena noticia.

Su madre tuvo que hacer el rol de madre y padre. Fue su ángel y su guía. Aunque como todo ser humano también tuvo sus errores. Es difícil para una niña vivir la experiencia del calor ausente de las personas que uno quiere, de los abrazos que nunca se dieron, de los besos que nunca llegaron, de los cariños que nunca aparecieron.

Es difícil pedirle a una niña que se imagine lo que es abrazar a un padre que casi no estuvo...

Desde niños aprendemos a acariciar, a abrazar, a sentir el tacto, el calor, la piel de las personas que queremos, que son nuestra familia. Pero cuando la familia no existe, ese amor que fluye por las venas no desemboca en ningún mar. Sino a las lagunas del dolor y de la resignación.

Belén aprendió a ser una niña cariñosa con su madre. Nunca tuvo hermanos. Después de la ida de su padre, su madre no quiso tener más amores. Se negó a tener más hijos. Cerró la fábrica

de bebés. Puso todas sus fichas de juego en los hombros de Belén.

Belén fue la niña mimada de su madre. La niña de sus ojos, aunque a veces falló. Su hija fue su iluminación y su esperanza. Belén quiere mucho a su madre y sabe que cometió errores, que no es preciso nombrarlos (eso es algo entre ella y su madre), pero aún así la adora y la respeta como mujer y como madre. Belén quiere y anhela ser como su madre. No siente remordimientos contra su padre.

Si alguna vez él vuelve del pasado a visitarla, está segura que cerraría la puerta y lanzaría muy lejos la llave. De su padre nada le interesa, según dice ella. Para Belén, la imagen de su padre siempre estuvo en las escasas fotos que están en los montones de papeles escondidos en carpetas o archivos. Belén cada vez que veía una foto de su padre, se lo imaginaba físicamente. Qué estatura tendría. Si seguiría siendo delgado o ya habría ganado peso. Si ya tendría canas en la cabeza o arrugas en la piel. Si usaría lentes para leer o para manejar coches. En qué trabajaría, en dónde viviría o con quién. Su padre estuvo y posiblemente estará en forma ausente. Fantasmal. Como un espectro más del pasado no superado por ella. O tal vez sí. Su padre era un problema no resuelto en su vida. Un crucigrama sin solución. Un chiste sin final. Un libro sin hojas en la mitad. Un recuerdo imborrable de ninguna parte. Un abrazo de pájaros invisibles.

Ahora Belén y Manuel están acostados en la cama. Ella ve televisión. Él está muy concentrado leyendo un libro en el filo de la cama, bajo una intensa lámpara.

- ¿Qué lees?
- Un libro.
- ¿De quién?
- De Saramago.
- ¿Me sigues queriendo?
- Sí.
- ¿Mucho?
- Sí.
- ¿Me darías un abrazo?
- Sí.

Manuel dejó abierto el libro y se acercó por la espalda de Belén y la abrazó con fuerza. Belén sintió rápidamente su calor, su energía, su poder como si la hubiera golpeado una rápida ola de mar. Se besas. Así se quedan por varios minutos. Eternos minutos. La sigue besando. Descansan.

Belén y Manuel siguen haciendo el amor. Pero dentro de ellos hay distintas sensaciones, olores, gustos y recuerdos. Distintas pieles bajo sus pieles: En Belén está la caricia ausente de su padre. Su piel. Su abrazo distante. Sus besos. Sus cariños. El manto paternal. La sensualidad. La velocidad del amor. En Manuel está el olvido de

su pasado, sus recuerdos, los aromas, los sabores, las comidas de otras mujeres. Se van encontrando con el amor, algo que alguna vez le fue negado. Esquivo. Olvidado. El verdadero amor que nace y quema por dentro.

IV. El oído

Ahora Belén y Manuel duermen. En sus sueños casi se tocan, se acarician, se saborean las pieles. Pero a ratos los sueños los llevan a lugares y tiempos distintos: Belén en sus sueños ve a su padre. Lo escucha hablar. No entiende sus palabras, pero ve que su boca gesticula o intenta gesticular sonidos, sílabas, silencios que se transforman en palabras huecas que van cayendo en un camino de flores que los separa. Las palabras se vuelven flores. Las flores se vuelven palabras. Los sonidos inundan el espacio. El cielo que los sobrepasa. El aire circula a gran velocidad en las alturas.

Manuel, en sus sueños, se ve como un niño solitario perdido en una calle. A los segundos se ve como un hombre casado y con hijos. Al rato se ve como un anciano que no tiene dientes y no tiene cabello en la cabeza. Se ve infeliz, solitario, moribundo.

En la mañana siguiente, Belén se despierta antes que Manuel y va directo a la cocina a preparar el desayuno. El sonido de la licuadora, la tostadora y la televisión de fondo despiertan a Manuel.

Manuel entra al baño para darse una breve ducha. Piensa en los sueños de la noche anterior.

De repente, Manuel se resbala y se golpea la cabeza en un borde de la bañera. El agua sigue cayendo por su cuerpo y solo se escucha el eco de las gotas reventar en su piel. Belén ya tenía listo el desayuno. Solo esperaba a Manuel, que no aparecía. Ella creyó que él seguía durmiendo y fue a verlo a la cama pero no estaba. Tocó la puerta del baño varias veces. Silencio. Siguió tocando pero nadie respondía. Silencio. Belén se alarmó y empezó a golpear la puerta muy fuertemente. Gritaba angustiada. Llamó por teléfono a sus familiares más cercanos y a la policía, temía lo peor.

La policía llegó a los pocos minutos. Abrieron la puerta a la fuerza. Manuel seguía tirado en el piso de la ducha, parecía que estaba muerto. Belén lloraba de la desesperación. Los policías cargaron a Manuel y lo llevaron al hospital más cercano. Fue ingresado a emergencias. Estuvo aislado por varias horas por pedido médico. Los médicos que revisaron a Manuel no detectaron nada anormal producto del golpe. Manuel pasó una noche en el hospital y al día siguiente fue dado de alta. Le recetaron algunos antibióticos, pastillas, inyecciones y mucho reposo. Manuel regresó a casa junto a Belén. Manuel durmió como un niño enfermo todo el día y esa noche. Belén seguía haciendo sus

labores caseras sin perder de vista a Manuel que dormía y dormía.

Por la cabeza golpeada de Manuel volvían a pasar las imágenes de él siendo un niño solitario perdido en una calle, un hombre casado con hijos y como un anciano que no tiene dientes y no tiene cabello en la cabeza. Se ve infeliz, solitario, moribundo. Las imágenes aparecían y desaparecían de su mente. Sucesivamente. Pero ahora las imágenes vienen con distintas voces y sonidos entrecortados. A ratos son las voces entrecortadas de su difunto padre, de su madre, de sus hermanos, de sus amigos de la infancia. De un niño que él presume debería ser su futuro hijo, cuando en realidad todavía no tiene hijos. Pero a ratos son voces que él desconoce. Voces entrecortadas de personas que nunca ha visto en su vida. Voces entrecortadas que dicen su nombre, que le dan consejos, que le dicen algo cercano, un chiste o gritan de auxilio, por peligro, por abandono. No hay certeza de nada.

Manuel sigue durmiendo como un ángel. Belén lo vigila como si fuera el último bebé del mundo, con total cuidado y cariño. No entiende y no entenderá nunca qué estaría pensando Manuel el día del accidente.

Belén tiene anotada en su agenda personal los números telefónicos de la policía, del hospital y de los doctores por cualquier emergencia. Pero todo sigue en calma, su curso normal.

A la mañana siguiente, Manuel se despierta con ansiedad y con hambre. Belén le da un calmante para que esté tranquilo. Le da de beber agua de manzanilla y una comida ligera para entretener a su estómago que parece exasperarse del hambre. Posteriormente a Manuel se lo ve más tranquilo y relajado. Ve algo de televisión y escucha algo de música clásica. Belén lo acompaña a su lado, sin decir palabra alguna.

Manuel vuelve a quedarse dormido. Con tantas pastillas y calmantes ha perdido momentáneamente el sentido de la realidad. Duerme, come, hace sus necesidades biológicas básicas, duerme, come, así sucesivamente. De a poco Manuel vuelve a ser el Manuel de siempre. Que tiene una vida normal, trabaja, estudia, quiere a Belén y sueña con un futuro mejor para su familia y amigos. Posteriormente, Belén le propone una idea brillante, según ella, que le rondaba la cabeza hace muchos días: un viaje a la playa.

Manuel escuchó atentamente la idea y opinó que era una buena sugerencia. Que unos días en la playa, le caería muy bien, después de este accidente y de su breve descanso de enfermo. Belén estuvo feliz con la idea y juntos empezaron a empacar ropa playera, toallas, bronceadores, zapatillas, sombreros y todos elementos típicos para un breve viaje de vacaciones a la playa.

Muy temprano en la mañana, partieron con dirección a la playa que les gustaba a los dos, que quedaba a dos horas de la ciudad donde vivían.

La carretera a la playa estaba casi vacía, así que en una hora y treinta minutos llegaron a su objetivo. Belén manejó todo el trayecto. Se hospedaron en la casa vacía de unos amigos de Belén.

Apenas llegaron a la casa vacía, dejaron las maletas y se fueron a dar un paseo por la playa. La playa estaba casi vacía, si no fuera por unos pescadores que estaban bajando las últimas redes de los botes de madera. Había *aguaje*, es decir, el mar estaba violento. En días de aguaje generalmente mueren varias personas ahogadas.

El mar, aparentemente, se muestra tranquilo, hasta cuando sorprende a los bañistas y los revuelca contra las olas y los lleva al fondo del mar. Son muchas las personas, que en días de aguaje, nunca más han vuelto a salir con vida del mar. La lista es interminable. Aún así hay todavía personas que siguen tentando a la suerte y a la ferocidad del mar.

Belén y Manuel caminaron por la playa. Hablaban de ellos dos, de las cosas que habían pasado hace poco días, del accidente de él, de ella, de sus familiares y amigos. Pensaron que ya era una buena época para tener su primer hijo. A Belén y Manuel se los ve muy felices juntos. Cuando de repente sucede lo inesperado:

Manuel siente mareos y dolores de cabeza. Su vista comienza a fallar. Los ojos no responden como él quisiera. Algo extraño estaba sucediendo con Manuel.

Fueron al médico de la zona. Chequeó a Manuel y pidió varios exámenes para descartar algunos posibles diagnósticos.

Días después los exámenes no arrojaban mayores indicios de que algo malo podría estar pasando en la cabeza de Manuel. El médico dijo que podría ser una reacción a los medicamentos que estuvo ingiriendo Manuel. Lo cierto es que los mareos y dolores de cabeza siguieron presentándose con frecuencia. Su vista presentaba fallas. Sus ojos no respondían como antes. Belén no dice mayor cosa, pero está muy preocupada con lo que está sucediendo. Manuel, en el fondo, no pierde las esperanzas de que esto sea algo momentáneo. Pasajero. Fugaz.

V. La vista

Belén y Manuel visitan varios médicos de su confianza, conocidos, recomendados. Los médicos dieron varios diagnósticos. El último médico les dijo que el golpe en la cabeza que sufrió Manuel generó un extraño síndrome o enfermedad progresiva en su cuerpo que poco a poco lo irá consumiendo. Posiblemente, en el futuro, podría perder

parte de los sentidos, los más afectados serían la vista y el oído.

Manuel escuchaba y no decía nada. Pensaba en su futuro. Se imaginaba a sí mismo como un ciego y un sordo. Se veía como el anciano que no tiene dientes y no tiene cabello en la cabeza, infeliz, solitario, moribundo, que aparece en sus sueños. Belén cayó en estado de estrés único. Llamaba por teléfono a doctores, pedía nuevas consultas, diagnósticos, exámenes, pruebas. No podía creer ni aceptar el último diagnóstico que le dieron a Manuel.

Manuel estaba tranquilo, sereno, tomaba las cosas con calma. A pesar de que Belén seguía intranquila, nerviosa, estresada. Él le pidió a ella que tomara las cosas con calma y sugirió que regresaran a la casa de la playa. Ella aceptó y el día siguiente partieron a la playa.

Belén manejó todo el viaje. No intercambiaron palabra alguna. Manuel se limitaba a cambiar los discos de Sabina, de Silvio, de Serrat que ponía en la radio como música de fondo. El viaje fue breve. La carretera seguía casi vacía. Seguramente por el *aguaje* que continuaba. Mucha gente ya no viajaba a la playa, prefería viajar al extranjero o al interior del país. Volvieron a hospedarse en la casa vacía de unos amigos de Belén. Dejaron la escasa ropa que llevaron y salieron a caminar a la playa. El mar seguía violento.

- Cuando esté ciego y sordo ¿me querrás?
-Sí.
-¿Estás segura?
-Sí.
-¿Todavía quieres tener un hijo conmigo?
-Sí.
-Ya es hora.
-Sí.
Silencio.

Se dieron un breve beso. No volvieron a decir nada y siguieron caminando. Regresaron a la casa vacía ahora habitada por ellos y se desnudaron: hicieron el amor durante varias horas, pero ahora había una cierta adrenalina que los aceleraba más, que los apuraba, que los incendiaba por dentro. Se besaban como si uno de los dos estuviera moribundo o a punto de morir. Se besaban como si fuera el fin del mundo. Por varios días solo comían algo ligero para recuperar las energías, hacían el amor y dormían. Sucesivamente.

Una mañana, después de desayunar, Manuel salió a caminar solo por la playa. Llevó con él un cuaderno azul para anotar algunas ideas o imágenes del recorrido. Por si acaso se olvidara de las cosas, cuando esté ciego. Después de caminar un rato, de regreso a casa, Manuel se sentó frente al mar con la certeza de que en el futuro nunca más lo podría ver ni oír. El mar seguía violento pero

a ratos se volvía manso, engañoso, dubitativo. Manuel escribía en su cuaderno azul todo lo que veía. A ratos escribía borradores de relatos y poemas sobre el mar. O simplemente describía el proceso de creación de una ola.

Observaba al mar, con paciencia, con calma, con tranquilidad como quien mira a un mago e intenta descubrir el truco o la carta escondida en la manga o en el bolsillo de la camiseta. Pensaba que el mar era un gran universo paralelo, testigo de la historia. Recordaba la frase de Sastre que decía: *El hombre, esa pasión inútil*. Miraba al mar como quien mira un monstruo solitario. Un Dios derrotado. Un planeta destruido.

El mar, era para él, un mundo que no terminó de construirse por culpa de dioses perezosos. Una fiesta universal donde todos los muertos bailaban al ritmo y al compás de las olas. La imagen del mar como una fiesta era lo que más lo conmovía, lo acercaba a una cierta verdad inconfesable y lo hacía reflexionar. El mar es la gran fiesta de la derrota de los hombres, pensó. En el interior del mar le pareció ver las imágenes de sus sueños: siendo él un niño solitario perdido en una calle, un hombre casado con hijos y como un anciano que no tiene dientes y no tiene cabello en la cabeza. Se seguía viendo infeliz, solitario, moribundo. Pero el mar como un gran animal se devoraba todas sus imágenes. A lo lejos, el mar era una gran fiesta que irá perdiendo en su horizonte, en su memoria. Ahora solo pensaba en Belén.

El regreso de Drácula

a Santiago Páez

Para mí era el mejor actor que ha interpretado a Drácula. Su apariencia física era oscura, desafiante, filuda. Su mirada intensa. Sus colmillos naturales de vampiro. Era alto, esbelto, de rostro frío y tenía un color de piel muy blanca. Realmente sus interpretaciones de Drácula en el cine fueron de las mejores que se han visto.

Llegó descuidado y sin dinero, con sus maletas desde el extranjero, a apostar todo en la meca del cine, Hollywood. Al principio nadie quería darle un papel por su apariencia escalofriante y su acento que no sonaba bien en las películas de los Estados Unidos.

Él se arrendó un pequeño departamento en el centro de la ciudad. Comía poco. Bebía poco. No hacía deportes. No tomaba sol. Siempre salía por las noches. Nadie sabía qué hacía en las mañanas. Tenía muy pocos amigos Y comenzaron los rumores sobre su vida cotidiana. Muchos decían que su ritmo de vida era muy inestable; por su parte seguía probando suerte en cada audición que lo llamaban. La suerte no estaba de su lado.

Al tiempo un director renombrado de Hollywood se le ocurrió la idea de llevar la película de Drácula al cine. Muchos no creyeron en este proyecto y le pronosticaron poca suerte en las taquillas. El director de cine como había escuchado hablar de él, lo llamó a una audición. Fue a la cita. Le encantó su actuación de Drácula. La película se siguió rodando algunos meses más, hasta que fue expuesta en las carteleras del cine, la película se llamó *El regreso de Drácula*.

Contra todo pronóstico pesimista, la película fue de gran éxito en las boleterías. Nadie se quería perder la historia de Drácula en el cine. Iban muchas parejas, hombres mayores, otros solitarios; algunos fanáticos hasta se disfrazaban de Drácula para ir a ver la película al cine. El director hasta pensó en un momento en hacer una segunda versión de *El regreso de Drácula*.

Por su parte, él siguió con su vida misteriosa en su pequeño departamento del centro de la ciudad. Comía poco. Bebía poco. No hacía deportes. No tomaba sol. Siempre salía por las noches. Nadie sabía qué hacía en las mañanas. Tenía muy pocos amigos. Y seguían los rumores sobre su vida cotidiana.

Muchos empezaron a decir que no era ningún actor de cine, sino el verdadero Drácula. Muchas mujeres comenzaron a desaparecer en la ciudad. Las denuncias fueron tomando más cuerpo, hasta que la policía tomó cartas en el asunto y entró a la

fuerza en el hogar del actor de *El regreso de Drácula*. Se vio acorralado y ante la policía y posteriormente ante la justicia afirmó:

“Es verdad, señor juez, yo soy el verdadero Drácula. Las mujeres que ustedes investigan están todas muertas, yo les chupé la sangre y me las devoré. Me declaro culpable”. El caso quedó cerrado. A pesar de que muchas mujeres siguieron desapareciendo en la ciudad.

Con el paso de los meses, murió extrañamente asesinado. Dicen que intentó escapar y un policía desesperado le clavó un crucifijo en el corazón. Por su parte, el director de la película *El regreso de Drácula* sigue buscando un nuevo actor para el papel de Drácula. Ya hay varios interesados.

El hombre blanco de mis pesadillas

Juro que no recuerdo cómo llegué aquí. Me trajeron dormido, soñando o en coma. Mis imágenes son difusas. Ayer recuerdo que estaba en mi hogar y me dio por dar un paseo por el parque. Corrí por la calle que cruza el parque mientras veía niños jugando, señoras de la tercera edad, hombres leyendo el periódico. De ahí no tengo memoria. Escuché gritos de varias personas, observé rostros extraños. Sangre. Lo único que recuerdo es a un niño que con su mano pequeña me indicaba algo que yo no veía. Varias personas murmuraban. Al despertar me veo encerrado en esta habitación blanca. No sé por qué estoy aquí. Dice el hombre blanco que es para que descanse y me mejore. ¿Pero de qué? Yo no estoy enfermo.

Hoy dormí toda la mañana. Me trajeron un desayuno frío. La leche estaba helada y los huevos revueltos parecían de hielo. Comí. Después me volví a dormir. Me despertaron en la noche para que tome unas pastillas azules. Dormí hasta que el sol salió por mi ventana. Me inyectaron un líquido blanco. Estos secuestradores no me dejan salir ni al patio a tomar sol. Tengo frío y sueño todo

el tiempo. ¿Acaso me quieren ver dormir toda la vida? Hoy ha venido a visitarme un amigo de la infancia, se lo ve más viejo que yo. Sus párpados están gastados y se lo ve ojeroso. Parece un muerto en vida o un fantasma. Él me cuenta que su familia está bien y que me envían muchos saludos. Yo le agradecí por la generosidad de visitarme pero le dije que no venga nunca más, que verlo así todo demacrado y enfermo, me ha deprimido mucho. Ya tengo muchos problemas en este lugar para tener que recibir a muertos en vida o a fantasmas. La vida no es justa.

El hombre blanco que trabaja en este sitio me pregunta cómo me siento. Yo le respondo que bien y le pregunto que cuándo voy a salir. El muy imbécil me responde que tenga paciencia, que pronto saldré a la calle. Me inyectaron más líquido blanco. Mi amigo de la infancia que parece un muerto o un fantasma, me hizo recordar algunos breves pasajes de mi vida. ¿Por qué nunca recuerdo las cosas importantes? Necesito estar enfermo para poder escribir cosas como las que escribo. Me pregunto por qué escribo lo que escribo. Tengo sueño, mañana seguiré escribiendo y enviándome cartas a mí mismo.

Hoy no pude dormir bien. Tuve pesadillas. Me veía como un hombre que en el aire perdía su cuerpo y quedaba en pura alma. Mis músculos, mis nervios, mi sangre se la llevaban hombres de otros

planetas. Fue horrible. Estaba desnudo de sentimientos. No pude dormir en toda la noche.

Cuando uno no puede dormir en las noches, ve cosas extrañas en las paredes. Hay ojos que nos miran. Como si personas estuvieran allí, observando todo como *dioses del terror*. ¿Alguna vez han sentido que mientras duermen o intentan dormir, hay personas que caminan alrededor de nuestra cama y te acarician el cabello o la espalda? Dan ganas de gritar enloquecidamente pero la voz o el grito no salen de la garganta. Te mueres del miedo y solo quieres salir corriendo y pedir ayuda a la primera persona que tengas a tu lado.

Soy un ser desprotegido ante la oscuridad, ante el miedo a lo desconocido. La verdad es que no creo en Dios pero en momentos así, rezo mucho. Tengo miedo de pasar el resto de mi vida encerrado en este lugar. Ya le he explicado al hombre blanco que me deje ir o le haré un juicio con mi abogado. El hombre blanco es un cincuentón algo canoso en las sienes y tiene una cicatriz en la frente. Al parecer alguien de este lugar, le quiso comer el cerebro. Eso le pasa por andar hablando en voz baja, dar pastillas de colores y andar poniendo inyecciones blancas.

Esta mañana me han traído el desayuno más temprano que de costumbre y según ellos, por portarme bien me van a dejar salir un rato al patio, a ver cómo el sol camina por las nubes. Ya le he dicho al hombre blanco que me deje en paz y que

se digne a dejarme salir de este lugar que ya me está volviendo loco.

Qué extraña es esta habitación. Es blanca por todos lados: los techos, las ventanas, las puertas, las mesas, la cama, las sábanas, la almohada, mi ropa, todo es blanco. No sé para qué nos visten de blanco si tenemos el alma negra. Me pregunto por qué escribo lo que escribo. Me inyectaron más líquido blanco.

El hombre blanco me ha preguntado qué deseos o sueños tengo en esta vida, le dije que mi mayor deseo o sueño es matarlo.

Las inyecciones son como los bolígrafos pero que van directo a la vena. El líquido se introduce por las venas. Los bolígrafos introducen su líquido en la hoja y nos dejan con la mente en blanco. En esta tarde he pensado en mi mamá:

¿Qué será de ella? ¿Se acordará de mí? ¿Estará mejor de su enfermedad mental? ¿Seré parte de sus recuerdos o seré un olvido más de su memoria? ¿O seré parte de sus pesadillas?

Mi madre fue una buena mujer hasta que la enfermedad mental la consumió. Ella era una mujer muy hermosa. Cuando reía su rostro se llenaba de colores como una gran mariposa. No sé si realmente fue una mujer feliz, a veces quiero pensar (aunque me engañe) que fue una mujer feliz. No me la imagino encerrada en un mundo destruido donde solo exista rabia y dolor. Cuando

uno está encerrado en paredes físicas o imaginarias el tiempo es algo que ya no importa. Lo sé. Pero mi tiempo cada vez se agota.

Hoy he despertado con furia. He querido romper todo a mi alrededor. Ha sonado una alarma y han aparecido dos hombres musculosos que me han sujetado de los brazos y me han puesto un bozal para animales. El hombre blanco ha vuelto a aparecer y no solo en mis pesadillas. Ha ordenado que me den más pastillas y más inyecciones blancas. Ya no tengo sangre, solo drogas blancas por mis venas. Mi cerebro es una casa vacía y blanca que gira en mi sien como un pequeño helicóptero. Hoy en la tarde se me ocurrió la idea de convertirme en una persona sana para poder salir de aquí. Espero poder engañar al hombre blanco que es un gilipollas.

El hombre blanco insiste en llamarme por un nombre pero ya le pregunté: ¿Qué no es el mío? Desde ahora me llamo paciente número 401. He vuelto a nacer. Escribir me parece una pérdida de tiempo. No me ayuda a resolver mis problemas. Tengo ganas de salir de aquí y tomarme unas vacaciones en la playa más cercana. Con el cuchillo del almuerzo me he abierto las venas de los brazos, ha chorreado sangre blanca. Tengo que salir de aquí o si no los extraterrestres me robarán mi cuerpo. Otra vez tuve las mismas pesadillas. Me veía como un hombre que en el aire perdía su cuerpo y quedaba en pura alma. Mis músculos, mis nervios, mi sangre

se la llevaban hombres de otros planetas. Fue horrible. Estaba desnudo de sentimientos. Lo que no entiendo es para qué los extraterrestres quieren un cuerpo como el mío, lleno de sangre blanca.

Ayer por primera vez salí a caminar al patio de este lugar. Mi corazón se lo regalé a una flor. Cada vez estoy más ausente, desconozco mi cuerpo. Tengo ganas de abrirme otra vez las venas pero ya me han quitado el cuchillo del almuerzo. Este lugar está lleno de locos. Me dan miedo.

Darí­a todo el oro del mundo por volver a ser el niño que perdí en la infancia. La muerte está cerca, la presiento. Hay veces en que recuerdo a mi padre. Él murió hace muchos años. ¿Qué será de sus huesos? ¿Qué será de su alma? Me pregunto por qué escribo lo que escribo.

Esta mañana he leído un diario viejo. Lo leí con bastante cuidado. Es bueno enterarse qué pasa al otro lado de la vida. Qué extraña es la gente que aparece en los diarios. Los periodistas son animales en vía de extinción. Los diarios solo sirven para una cosa: para limpiarse el culo.

Esta tarde soñé que un tiburón se comía mi corazón y moría desangrado. El hombre blanco no ha aparecido por estos lares. Tal vez se olvidó de mí, es lo mejor que me ha podido pasar. Deseo huir de esta habitación. Deseo huir de este cuerpo. Deseo huir de esta realidad. Deseo huir de mis recuerdos. Deseo huir de mi cerebro y que explote.

Deseo ser otra persona. Tal vez un galán de cine o un escritor famoso y salir en la televisión. Cada día que pasa me humillo a mí mismo. Cada día que pasa retrocede el tiempo. Cada día que pasa veo la libertad más lejos.

Hoy me fui a la cama muy temprano. No deseo seguir pensando. Pensar es un acto fallido, es un acto cavernícola. Hoy volví a salir al patio, es muy bello, si no fuera por tanto loco suelto. Hay locos que sueñan ser animales. Hay animales que sueñan ser humanos. Yo sueño con ser otra persona e irme lejos de aquí. Bastante tengo con ser yo y cargar este cuerpo. Hoy ha llovido. Es hermosa ver la lluvia detrás de una vena abierta.

La comida de este sitio es un asco. Mi estómago vive enfermo, inclusive más que yo. Tengo ganas de convertirme en un pájaro y huir de aquí. El hombre blanco ha aparecido en mis pesadillas y me ha inyectado más inyecciones blancas. Vomité toda la madrugada. Mis pesadillas me están consumiendo. Me pregunto por qué escribo lo que escribo.

Hoy he recordado a mi amigo de la infancia que parece un muerto en vida o fantasma ¿Qué será de él? ¿Cómo estará su familia? Cuando salga de aquí, iré a visitarlo. Es muy extraño el cuerpo humano ¿Lo sabían? Mis venas son azules o verdes, a ratos se vuelven blancas por las inyecciones. Mi cuerpo es una droga blanca. Me duelen los brazos de tantas inyecciones. Hoy no he salido de mi cama

en todo el día, me la he pasado acostado contando números y ovejas.

Mi cuerpo no me responde. Estoy seguro que le pertenece a otra persona. Bebo agua pero se sale por los agujeros de mi cuerpo. Me hubiera gustado tener un hijo. Me arrepiento de no haberlo tenido. Quisiera dormir toda la vida y no saber de nada más. La comida de este sitio está cada vez peor. Me han inyectado más drogas blancas. Me pregunto por qué escribo lo que escribo. He vomitado toda la noche. Mi estómago ya no aguanta tantas drogas.

El hombre blanco es un personaje extraño para mi imaginación. Aparece y desaparece. Se vuelve a aparecer y desaparece. Siempre viene con alguna nueva pastilla o inyección. Yo estoy cansado de inyecciones. Estoy cansado de la misma rutina. Estoy cansado de la comida de este sitio. Hoy el hombre blanco me ha felicitado porque según él me estoy portando mejor desde que llegué. Ya ni recuerdo cuándo llegué a este infierno. El infierno debe ser como este lugar: Impecable, limpio y blanco por todas partes. Lleno de paredes y mala comida. Lleno de locos y drogas.

Los locos son pequeños ángeles que desconocen a Dios. Son pequeños ángeles que se niegan a seguir una vida humana. Por las mañanas duermo hasta que salga el sol. El problema es que el sol nunca aparece, por lo menos no en este tiempo. Me

gusta dormir. Me pasaría la vida durmiendo. Así no tendría que vivir esta realidad que detesto.

Deseo huir de esta habitación. Deseo huir de este cuerpo. Deseo huir de esta realidad. Deseo huir de mis recuerdos. Deseo huir de mi cerebro y que explote. Me gustaría aprender otros idiomas. Me gustaría saber interpretar los sueños de otras personas. Para empezar los del hombre blanco. El hombre blanco solo dice tonterías. Es un gilipollas.

Daría todo el oro del mundo por volver a ser el niño que perdí en la infancia. Quisiera ser el niño que se perdió en la infancia y que hasta ahora me reclama. La infancia es un país que perdimos en algún lugar del horizonte de nuestras vidas. La infancia es un niño que no me reconoce y que a la vez me llama para decirme algo importante, aunque yo no lo escuche. La infancia se me perdió en algún lugar de mi estupidez.

Hoy en la tarde se me volvió a ocurrir la idea de convertirme en una persona sana para poder salir. Espero poder engañar al hombre blanco que es un gilipollas. Sufro de insomnio. Hay noches en las que no puedo dormir para nada. Mis ojeras y mi rostro se parecen cada vez más a las de mi amigo de la infancia. Parezco un muerto en vida o un fantasma. Me pregunto por qué escribo lo que escribo. Lo único que sé es que moriré en esta cárcel maldita. Las personas de este lugar cada día están más locas.

El hombre blanco aparece y desaparece de mi vista como si fuera un mal sueño o pesadilla. Hoy he recordado al hijo que no tuve y le he pedido disculpas por no haberlo traído físicamente al mundo. Ese hijo no parido debe agradecerme de no haberlo traído a esta inmunda tierra. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué hago aquí? Me vivo preguntando día y noche. Me han inyectado más drogas blancas.

Mi cerebro es una caja negra que está llena de basura. Hoy en la mañana me han traído el desayuno muy temprano. He podido salir a caminar al patio. He vuelto a enfrentarme a los locos de este sitio:

1. Hay locos que no están locos pero que se hacen, como yo.
2. Hay locos que en verdad están locos y todavía se los puede salvar.
3. Hay locos que están muy locos y esos viven del otro lado de la orilla.

Hay locos por todas partes y no temen enfrentarme. Decirme cosas horrorosas o las cosas más tiernas de este mundo. Hay locos que verdaderamente sufren. Nadie los visita, no tienen a nadie, no tienen ni una sombra que los proteja. Hay locos que siguen apareciendo en mis pesadillas.

Odio soñar. Odio imaginarme cosas que pudieron pasar. Odio ser como soy. Odio ser un ser despreciable. Odio despreciar a los demás. Odio

despreciar al hombre blanco que me quiere matar. Lo que más odio es no haber tenido una esposa. Tuve muchas novias pero nunca elegí a una esposa. Nunca me arriesgué por el amor. Nunca me arriesgué por buscar la felicidad junto a una mujer. Fui un desdichado en mi tiempo libre. Fui un desdichado junto a las mujeres que pasaban velozmente por mi cama y por mi vida. Soy un desdichado. El amor siempre me fue esquivo.

Es difícil poder amar y ser amado. Es difícil amar a una mujer y que ella te ame de la misma manera. Siempre hay un vacío. Un puente. Una pared que divide. El amor no existe, pero engaña. El amor no existe pero perturba. El amor no existe pero mata. El amor es una bomba explosiva muy peligrosa. ¿Qué será del hombre blanco? Ya poco me visita. Me crecen pelos en todas partes. Ya dejé de afeitarme. No me interesa verme bien.

Cada día me veo más delgado. La comida de este lugar es una mierda. Voy a matar al maldito cocinero. Quiero morir envenenado y no seguir respirando. Hay tardes en que recuerdo mi infancia. Qué lejana se ve. Qué triste se ve. Me veo ahí y pareciera que fuera otro quien vivió lo que viví. Recuerdo que me gustaba colorear las paredes de mi habitación.

Mi madre y mi padre vivían y se los veía felices. Después vinieron los problemas y el rompecabezas se dividió. A mi madre le dio una enfermedad

mental progresiva. A mi padre le dio por ausentarse de casa. Por llorar. Por no aceptar lo sucedido. Por negarse a vivir. Con el paso del tiempo le dio cáncer a los huesos y murió en poco tiempo. Fue enterrado una fría mañana en el cementerio de la ciudad. Mi padre criticaba todo. Odiaba todo. Leapestaba la vida. Nunca se recuperó de la enfermedad de mamá. La enfermedad mental de mamá fue un duro golpe a su vida. Fue como un *gol* para su desgracia. En mis sueños a veces veo a mi padre caminando. Aparece mirando a todas partes como ido o perdido. Tal vez la felicidad que siempre buscó se le perdió en alguna calle o avenida. Mi padre fue un hombre trabajador. Sincero y frontal. Creo que tuvo una buena vida.

De la noche a la mañana le dio un terrible cáncer a los huesos que lo derrotó. Primero venció a su cuerpo, luego a su alma. El cáncer es un monstruo de mil cabezas. El cáncer no es una enfermedad, es el purgatorio de todo ser humano. El cáncer es un país que todos tenemos que visitar. Me pregunto por qué escribo lo que escribo. Ya no me inyectan más líquido blanco.

Hay noches en que recuerdo a mis amantes. A las mujeres que pasaron por mi vida.

De todas mis amantes me acuerdo de M. Ella era una mujer maravillosa. Tenía una gran sonrisa. Tenía unos dientes muy grandes que le hacían ver distinguida. M era muy delgada y tenía un

cabello muy largo que le llegaba hasta la cintura. Era simplemente hermosa. No recuerdo bien por qué terminó lo nuestro. Pienso que fue por mis inseguridades junto a las de ella. No lo sé. No sirvo para las relaciones amorosas. No sirvo tampoco para las relaciones humanas. Detesto conversar con extraños que te preguntan alguna estupidez o simplemente la hora. Me dan ganas de matarlos. De todas mis amantes sigo pensando en M. A veces me da por extrañarla. Es raro extrañar a alguien que no ves. Que no has visto en muchísimos años. M seguramente a estas alturas será una mujer muy gorda y muy fea. Las mujeres se ponen más feas con los años que los hombres. Los hombres les crecen pelos por todas partes. A las mujeres grasa por todos lados.

Hoy ha venido a visitarme el hombre blanco. Me ha preguntado cómo estoy. Le he dicho que mejor. Me ha respondido muy bien. Le he vuelto a preguntar cuándo me voy a ir de aquí. Y no me ha respondido nada. Insulté al hombre blanco. Es que ya me tiene cansado con tanta preguntadera y no me da respuestas claras. El hombre blanco se lo ve cada día más desmejorado. Más viejo. Más cansado. Lo entiendo, trabajar en este lugar mata a cualquiera. El tiempo aquí adentro no se mide con relojes ni con nada parecido. El tiempo acá corre a mil por hora. Ya ni recuerdo qué día entré a este lugar y ya me parece que tengo como mil años aquí. El tiempo

en este lugar se mide con las arrugas de las manos y del rostro. El tiempo ha dejado de existir. Me pregunto por qué escribo lo que escribo.

Hoy he vuelto a recordar a mi amigo de la infancia que parece un muerto en vida o fantasma. ¿Qué será de él? ¿Cómo estará su familia? Mi amigo de la infancia ¿seguirá vivo? Es extraño hablar de la infancia. Sobre todo cuando pronuncio esa palabra *infancia*, parece que estuviera hablando de un país desconocido. A veces creo que no tuve infancia. La infancia es un niño que no me reconoce y que a la vez me llama para decirme algo importante, aunque yo no lo escuche. La infancia se me perdió en algún lugar de mi estupidez. Deseo huir de esta habitación. Deseo huir de este cuerpo. Deseo huir de esta realidad. Deseo huir de mis recuerdos. Deseo huir de mi cerebro y que explote. Deseo huir de este mundo.

Sigo sufriendo de insomnio. Pienso en M en las noches. En las madrugadas escribo con apuro, con rabia, con asombro como si alguien me espicara. Escribo como si alguien fuera a leerme. Sé que pronto moriré solo en esta habitación. Nací a espaldas de la felicidad. Deseo morir desangrado en este lugar pero ni siquiera tengo un cuchillo. Sigo con mis pesadillas.

Otra vez tuve las mismas pesadillas. Me veía como un hombre que en el aire perdía su cuerpo y quedaba en pura alma. Mis músculos, mis nervios,

mi sangre se la llevaban hombres de otros planetas. Fue horrible. Estaba desnudo de sentimientos. Lo que no entiendo es para qué los extraterrestres quieren un cuerpo como el mío, lleno de drogas.

El hombre blanco insiste en llamarme por un nombre pero ya le dije que yo no me llamo así. Me llamo paciente número 401. Ya no tengo nombre ni apellido. Soy el paciente número 401. Es raro no tener nombre y que te llamen por un número pero es lo que se practica en este lugar. Cuando muera seré un número menos. Siento que con el pasar de los días me estoy volviendo una bestia salvaje. O lo que es peor una momia. Le he pedido al hombre blanco que me pase algunos libros o si no mi cerebro se podrirá. Me niegan los libros porque dicen que me puedo convertir en un loco de verdad. ¿Desde cuándo leer te vuelve loco? ¿Acaso creen que soy el Quijote? Sigo esperando los libros y nada. He leído pocos libros en mi vida pero de tanto escribir, se me ha despertado la curiosidad de leer.

Hoy en la tarde me dieron permiso para salir a caminar al patio. Los pacientes de este lugar me dan mucho miedo. Estoy muerto del miedo. Quiero salir de aquí. Es extraño que todos me sigan ubicando con un número. Soy un mamífero que muy pronto van a degollar en esta carnicería. Cuando muera quisiera que mis órganos se donaran. Me pregunto por qué escribo lo que escribo. Hoy me volvieron a inyectar líquido blanco.

Muy pronto mi cerebro se lo comerán los extraterrestres. Mi cuerpo es inservible. No sirve ni para cortarlo en pedazos. Mi piel está llena de heridas abiertas. Mi cuerpo es una úlcera que sangra. Tengo ganas de convertirme en un pájaro y huir de aquí.

El hombre blanco ha aparecido en mis pesadillas y me ha inyectado más inyecciones blancas. Estoy cansado de que nunca pase nada y de que me inyecten más drogas. Cuando uno está encerrado en paredes físicas o imaginarias el tiempo es algo que ya no importa. Lo sé. Pero mi tiempo cada vez se agota. Hoy he despertado con furia. He querido romper todo a mi alrededor. Hoy quisiera ver al mundo quemarse en llamas. Los locos deberían escaparse de este sitio y conquistar este planeta infernal. La comida cada día está peor. Sigo sufriendo de insomnio. En mis sueños aparecen el hombre blanco, mi padre, mi madre y mi amigo de la infancia.

Soy un ser desprotegido ante la oscuridad, ante el miedo a lo desconocido. La verdad es que no creo en Dios pero en momentos así, rezo mucho. Dios es un invento cristiano o del Papa. Dios es un invento de mi madre o de mi padre. De niño alguna vez creí en Dios, ahora se me hace muy difícil. ¿Dios se acordará de mí? ¿En este momento, dónde estará Dios? ¿Y si Dios es el hombre blanco? ¿Y si Dios soy yo?

Cuando uno ve lo que he visto en este lugar, duda de la existencia de un Dios. Dios no existe

o, por lo menos, no creo en él. Tal vez algún día cambie de opinión. Tampoco creo en Satanás. Creo en mí y eso me basta. No creo en nadie.

Cuando era niño creía en mamá y en papá como si ellos fueran dos ángeles terrenales. Pero mi madre está enferma mentalmente. Mi padre está muerto.

En este lugar las cosas están cada día peor. Hay más drogas y más locura. No sé a qué se deberá, pero los pacientes solo piensan en escaparse o en huir de este infierno. Este lugar es el infierno. Todo el mundo es un infierno. No hay cómo escaparse de este sitio. No hay salida. Estoy seguro que una cárcel es un paraíso comparado a este lugar. Hoy he intentado suicidarme pero no me han dejado. Siempre he pensado que el suicidio es un acto de cobardía. Ahora creo que es un acto necesario de rebeldía.

Todo se va a la mierda. Hoy varios locos terminales han intentado fugarse sin éxito. Los locos están alterados. Algo pasa. No sé qué será pero lo presiento. Nuevamente siento a la muerte cerca, muy cerca. El hombre blanco no aparece por ningún sitio. ¿El hombre blanco está muerto? Los musculosos de este lugar no se dan abasto con tanto loco. Me gustaría escaparme de aquí pero no tengo el valor ni la fuerza suficiente.

Hoy prefiero dormir. Los ojos se me cierran del cansancio. Hay varios heridos. La sangre corre por las paredes o por la tierra. Mi sangre ya no es roja, es blanca. Todo el día se escuchan alarmas.

Tengo miedo de morir. Tengo miedo de nacer en otro cuerpo. La comida está peor que nunca. Es un asco. Sé que pronto no habrá comida. Lo intuyo. Los locos siguen más agresivos que nunca. Las alarmas suenan día y noche.

Me ha llegado el rumor de que algunos locos alcanzaron a escaparse de este lugar. Si es así, les envió mis mayores felicitaciones. El mundo allá afuera, debe estar peor que acá dentro. El mundo es una mierda desde donde se lo mire.

El verdadero problema no es el mundo, sino la gente que vive en él. Deberían encerrarlos a todos e inyectarles inyecciones blancas. Estoy seguro que muy pronto este lugar será destruido.

El hombre blanco acaba de aparecer en acción como un héroe de ficción. Lo que él no sabe es que un héroe de ficción inventado por mí. Él cree que me domina pero no sabe que él es el dominado. Ha llamado a la fuerza pública. Tampoco pueden hacer mucho.

Varios locos están siendo asesinados. Los policías son unos malditos perros. Cómo pueden matar a hombres que ni siquiera pueden diferenciar la realidad de la imaginación. Ellos son seres pacíficos, unas almas puras. Los contaminados son los otros. Hoy los perros han entrado a mi habitación y me han obligado a ponerme una camisa de fuerza pero no me he dejado. Los malditos me han inyectado más drogas. Yo les grité que soy inocente

pero insisten en que mis escritos están perjudicando a los demás. Yo me declaro inocente.

El hombre ha venido a interrogarme. Les he dicho que la culpa no es mía, es de los perros y de su violencia física. Han amenazado en quitarme las hojas y los bolígrafos. Yo les dije que ni se atrevan, que ahí sí arderá Troya. Seguiré escribiendo, así lloren sangre. La violencia origina más violencia. El hombre blanco me ha dicho que soy un traidor de su confianza y que se arrepiente de darme tantos privilegios. Hoy en la mañana han muerto nuevos locos por culpa de la violencia. Sé que pronto me enviarán al cuarto de electroshock y que ahí me degollarán en carne viva. La verdad es que no sé por qué escribo lo que escribo, ahora que está cerca mi final.

Memorias de fútbol

Mi abuelo que era un fanático a muerte del fútbol; siempre me habló mucho sobre el fútbol argentino, español, italiano y sobre todo del brasileño. No se perdía ni un partido que daban en la tele. Era un fanático incorregible. Entre sus adorados *cracks* siempre brillaba un brasileño: Garrincha. De él hablaba hasta en la sopa y en los sueños cuando dormía en el sillón frente a la tele.

Cuando Brasil ganó la Copa del Mundo en Chile, mi abuelo se volvió un fanático de ese país. Y de ahí no dejó de celebrar cada partido que veía de la selección brasileña. Un día nos visitó el famoso Quijano, exgloria deportiva del Barcelona S.C. y de la Selección de Ecuador. Él me contó muy animado más sobre Garrincha:

Un día nos tocó jugar contra la selección brasileña de fútbol y entre las estrellas que venían estaba Pelé y Garrincha. Nunca he podido olvidar ese partido. Pelé era un grande, un monstruo del fútbol, pero no se podía comparar con Garrincha. Su pique era endiablado, sus giros, su rápida inteligencia, su velocidad, su cintura de avispa. Esa noche el partido comenzó puntual, el estadio estaba lleno de lado y lado, todos querían ver de cerca a los maestros del fútbol brasileiro. Pelé comenzó

a hacer diabluras con el balón. La paraba con el pecho, remataba de lejos, la dominaba con las dos piernas, remataba de lejos, armaba al equipo, comandaba el ataque, entre otras cosas.

Pero por el otro lado corría Garrincha, suerte que no me tocó marcarlo, jugaba yo de marcador derecho, mientras Garrincha como solo jugaba con la pierna derecha, corría por el lado izquierdo. Pobre el marcador izquierdo de nuestro equipo, sufrió mucho toda esa noche, hasta creo que tuvo pesadillas con Garrincha en esa madrugada. Ese Garrincha era un loco, corría como condenado a muerte. Sobre todo gambeteaba como pocos. Hizo algo que dejó asombrados a todos en el estadio:

Salió corriendo por su banda sin pelota algunos metros, el marcador izquierda de nuestro equipo, como estaba tan confundido, también lo persiguió y al darse cuenta que lo seguía sin pelota se quedó parado atónito, no sabía qué pasaba. Garrincha tuvo el tiempo necesario de regresar por la pelota y de salir corriendo nuevamente. La gente se desgañitaba de la risa y de la euforia. Ese era Garrincha, un hombre que se decía tenía una pierna más pequeña que la otra, pero tenía la habilidad de cinco jugadores a la vez...

Fue una pérdida enorme para el fútbol saber que se retiró años después. Y una pena mayor fue enterarnos de que el dinero que ganó en el fútbol se lo gastó en mujeres y en alcohol. Dormía en la

calle. Murió en la pobreza extrema. Todos sabían eso, pero pocos lo ayudaron de verdad. Pudo gambetear a todos, menos a su mala suerte, finalizó melancólico el Rey Quijano.

Mi abuelo se había muerto en algún tramo del relato. Vinieron mis tías y lloraban a gritos. Una fue a traer un terno para amortajarlo. Entonces mi abuelo dio un puntapié en el aire y su cadáver casi cae de la silla.

Adrenalina y fuego

Salíamos como niños recién paridos
por el placer a enfrentarse al mundo.

Gonzalo Rojas

De los pocos fragmentos que recuerdo de mi vida está la María, ruda y celestial, con su escote atrevido, sus uñas rojas, su sonrisa de sandía y sus ojos inalcanzables; pero lo más valioso para mí, el espíritu que irradiaba su cuerpo. En mi pasado, yo fui un hombre oscuro, gustaba de las fiestas de vampiros, la sangre, la carne, el sexo infernal y la muerte como última droga que me llevaría a ese éxtasis donde todos, alguna vez en su vida desean llegar: la locura absoluta. Yo no digo que llegué a esa instancia; pero por lo menos, me acerqué a sus orillas luminosas, desenfrenadas, ardientes.

La María era una mujer que iba a todas sin importar prejuicio alguno. Ella era una chica más bien post-moderna para mi gusto. Digo esto porque las mujeres de su época eran más bien hipócritas, anticuadas y falsas. Ella, en cambio, era velocidad a altas horas de la noche, blanca y alcohol que raspaba el esófago y el cerebro. Carne y sudor hirviendo en la cama. Yo la quise, sí, más

que nada en el mundo. Si de algo le doy gracias a la vida fue habérmela puesto en el camino. Juntos fuimos un solo ser: mitad hombre, mitad mujer. Cuando se tenía que poner mano dura, ella era quien ajustaba las cuentas a su modo. Y cuando se tenía que poner la tranquilidad, era yo quien ponía las cosas en su sitio.

Éramos tierra y agua. El cielo y el infierno. La bondad y la maldad. La María era la rudeza misma, todo lo tenía controlado: el dinero, los empleados, mi humanidad. Ella era la dueña de un pequeño y oscuro bar. Ahí fue la primera vez donde la vi. No fue un amor a primera vista, tampoco; pero me dejó patinando de locura y de amor su forma de control y su rabia. Era una mujer que se agarraba a puñetes con quien sea. Cuando estaba aburrida se levantaba el sostén y dejaba al aire sus senos duros y bellos, y cuando algún borracho deseaba tocarle sus pechos, ella le enviaba de regreso un puñete directo al hocico. Tomaba más vino y cerveza que cualquier hombre, orinaba parada en los rincones, jugaba cartas y billar hasta al amanecer.

Yo estuve enamorado de ella hasta las raíces de mi cuerpo. Creo que ella también, no por lo que me decía sino por lo salvaje y ruda que era en la cama o en cualquier intimidad. Ahí solos del mundo era más que una mujer o que todas la mujeres juntas, algo así como una diosa milenaria. Se volvía pura adrenalina y fuego. Y yo, barro y arena

en sus manos. Me mordía, me besaba, me golpeaba. Y yo para seguirle el ritmo: la cacheteaba, sacaba el cinturón de mi pantalón y la azotaba hasta verla sangrar, llorar, gritar enloquecida. Después de la guerra carnal, nos sentábamos a fumar un pitillo o nos respirábamos alguna blanca veloz. Salíamos como niños recién paridos por el placer a enfrentar al mundo. Cómo la amaba y todavía la sigo deseando a mi bella María, tan diabólica como angelical, tan bruja y tan diosa. Era pura fuerza y canela para los seres que la rodeaban: proxenetas, putas, travestis,...

Como toda figura y líder, una prostituta tipo fanática que al parecer tuvo un breve romance con mi María, la mató. Una noche de juerga a la salida del bar. La asesina se dio a la fuga, pero al rato fue hallada también muerta, con la misma navaja que le había quitado la vida. Cuando llegué al bar y la vi rodeada de sus mujeres no lo pude creer. Y se me hace difícil creer, hasta el día de hoy, treinta años después, que la María no esté viva.

Ahora soy un empresario exitoso, tengo algunos bares y antros que manejo como también algunos moteles a las afuera de la ciudad. Y en cada mujer que me acuesto: la observo, la encuentro allí en cada sexo, en cada caricia, transfigurada, distorsionada; besarme, morderme, golpearme...

Y yo solo sigo el mismo ritual que tenía con ella. Saco el látigo y la azoto contra la cama, las

paredes, los rincones hasta verla sangrar, llorar, gritar... Después de la guerra carnal, como siempre, nos fumamos un pitillo o nos respiramos alguna blanca veloz y salimos como niños recién paridos por el placer a enfrentar al mundo.

Sobre el autor

Augusto Rodríguez (Guayaquil, 1979) Doctorando en Lenguas, Textos y Contextos de la Universidad de Granada. Autor de más 20 libros entre poesía, cuento, novela, y ensayos en editoriales de España, México, Rumania, Francia, Serbia, Siria, Argentina, Chile, Estados Unidos, Cuba, Perú y Ecuador. Ha obtenido el Premio Nacional de Poesía David Ledesma Vázquez (2005), el Premio Nacional Universitario de Poesía Efraín Jara Idrovo (2005), Premio Nacional de Cuento Joaquín Gallegos Lara (2011), Mención de Honor en el Concurso Nacional de Poesía Alejandro Carrión Aguirre (2016), Mención de Honor del Premio Nacional de Poesía David Ledesma Vázquez (2016), Mención de Honor en el Concurso Nacional de Poesía César Dávila Andrade (2005 y 2017). Finalista del Premio Adonáis, España (2013), Finalista del Premio de Crónicas Nuevas Plumas, México (2014) y Finalista del Premio Herralde de Novela (2016). Editor de El Quirófano Ediciones. Parte de su obra poética está traducida a catorce idiomas: inglés, árabe, portugués, catalán, rumano, italiano, alemán, francés, ruso, polaco, chino, serbio, japonés y medumba. Director del Festival Internacional de Poesía de Guayaquil Ileana Espinel Cedeño.

